

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX

San José, Costa Rica **1934** Sábado 1.º de Diciembre

Núm. 21

Año XVI. No. 709

SUMARIO

Ramón y Cajal, en su muerte	<i>Gustavo Pittaluga</i>	Don Ramón Menéndez Pidal	<i>Azorín</i>
Cajal	<i>G. Marañón</i>	La República de Nicaragua y el Sr. Joaquín Zavala	<i>A. Zambrana</i>
Un caso admirable en nuestra América	<i>Juan del Camino</i>	En mi tierra	<i>Pedro Henríquez Ureña</i>
Prisma del Espíritu	<i>Juan Ulloa</i>	Cuentos nuevos	<i>Rómulo Tovar</i>
Lección rectoral, a la antigua y sabrosa manera (y 3)	<i>Remigio Crespo Toral</i>	La literatura de Cajal	<i>M. Fernández Almagro</i>

Ramón y Cajal, en su muerte

(17 de noviembre de 1934, en la noche)

= De El Sol.—Madrid =

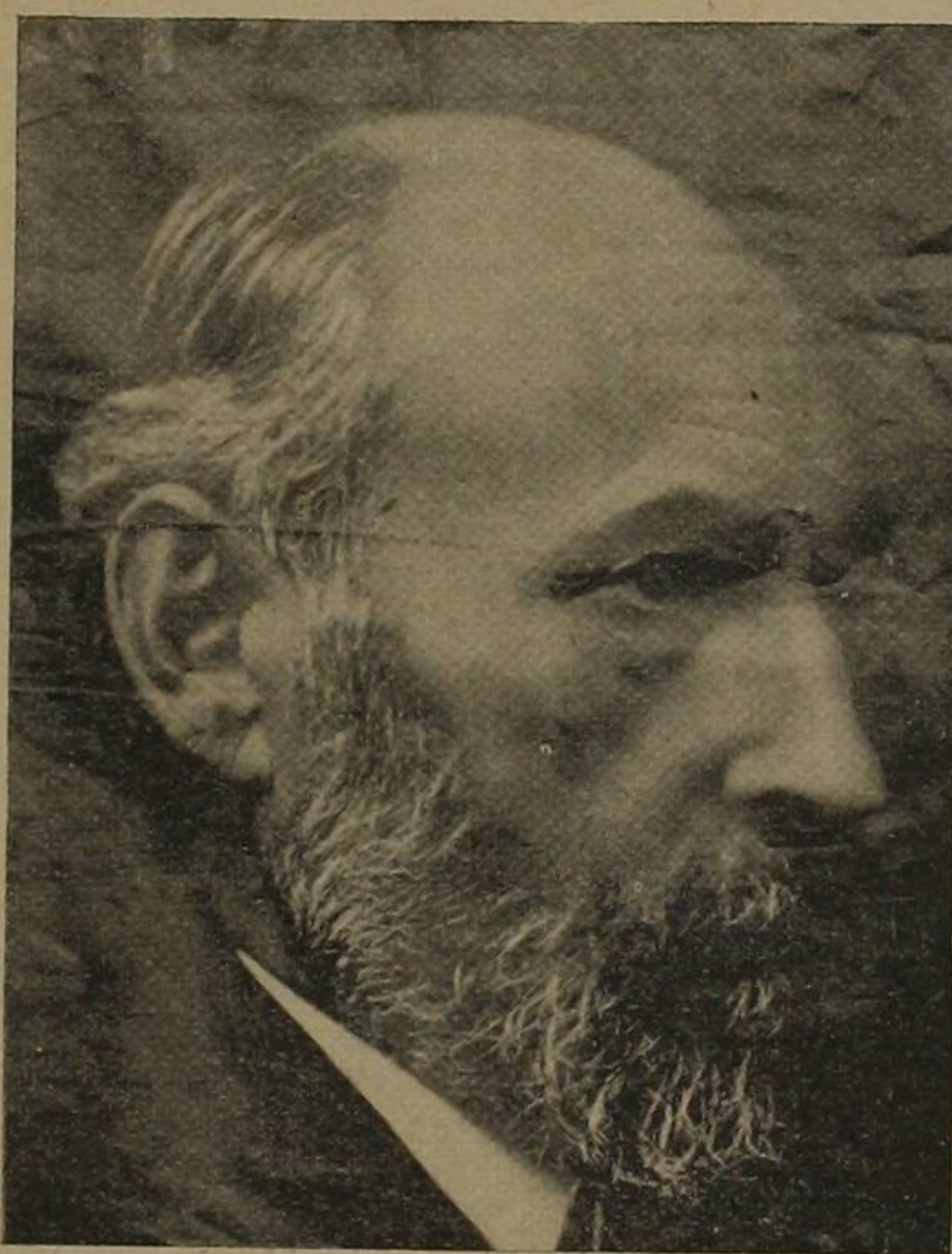
Festejamos en la primavera de 1932 los ochenta años de don Santiago Ramón y Cajal. Decía otro anciano glorioso, al cumplir la misma edad: "Cada mañana se levanta aún mi corazón como el sol en el horizonte para derretir la nieve de mis canas". D. Santiago, que en el paisaje moral de España era cumbre, estaba bien con nieve, que es claridad y pulcritud. Había que festejar la senectud venerable del maestro meditando su vida y su obra.

En dos palabras caben las obras y los días del sabio español: en la palabra divina, hecha según Platón para volar sobre las edades, "entusiasmo", y en esa otra de linaje egregio también, "perseverancia". Glorifiquemos estas dos virtudes que el gran aragonés supo encarnar abiertamente. Ellas colmaron, como tantas veces, una vocación y un destino. "El mundo visto a los ochenta años". Así se llama la última de las obras del sabio. Como las atalayas, horizonte segrega el libro desde el que Cajal otea el mundo, melancolía y distancia. No late en esta creación última el estoicismo que ha dado su temple y su ajuste al pensamiento español. En el capítulo XXI, que es el de los adioses, cuenta el gran hombre que Séneca, el cordobés a quien leyó algún día con embeleso, no le atraía.

"Es preciso que el decrepito no recuerde demasiado que le espera impaciente la barca de Ayamonte." "Por igual motivo—añadía—no gusto ya de Epicuro ni de Lucrecio."

Veía Cajal fluir el río de sombra que lo anega todo, y se consolaba difícilmente. La clarividencia del sabio se aguza, como una llama fría, en la vejez, y hace de las cosas, pavesas.

A esa cordura de la "tristitia rerum" oponía Cajal la fuerza subsistente en su espíritu. Leyó, en cambio, para divertir su largo crepúsculo, a Horacio, "a pesar de sus veleidades epicúreas". Lo que amaba de él era el "buen sentido" risueño, en el que hasta la caducidad se complacía. Pero más que los maestros latinos, acompañaban su vejez nuestros clásicos. A ninguno, entre éstos, quiso más que a Quevedo, y gracias a él la misma



Ramón y Cajal

Cajal

= De Ahora. Madrid =

Llegué a Murcia, en esta limpia mañana otoñal, con el alma ya acongojada por la duda y el temor de perderle. Había escuchado anoche, a última hora, antes de tomar el tren, de labios de su hijo, mi antiguo colaborador y amigo entrañable Jorge Ramón, las palabras henchidas de sereno y desesperado acatamiento del Destino, que son presagio de lo ineluctable. Y, sin embargo, el choque de la realidad atroz de la muerte es siempre más duro, más cruel que todos los presagios.

Toda presunción de acontecimientos futuros—aunque esté preñada del pesimismo—conserva y, en cierto modo exige, como actitud nativa del espíritu humano, una vena subterránea de esperanza. Y mientras las persona que ha ocupado tanta parte de nuestra vida alienta todavía nos parece que su puesto a nuestro lado—o, como en este caso, al frente de todos nosotros—está ocupado con la plenitud de la eficacia vital. Los hilos del telégrafo rompen la ilusión.

¡Cuánta parte de España, qué caudal de ensueños por la grandeza de España se nos

(Pasa a la página siguiente)

sal no se le tornó, como la Escritura dice, desabrida.

"Las obras de Quevedo—escribía en "El mundo visto a los ochenta años"—constituyen la Biblia del anciano achacososo", porque "aun tratando temas graves, e incluso encarándose con la muerte y el infierno, jamás incurre en el sadismo de los escritores melodramáticos."

Vió Cajal su estatua en Zaragoza, y luego en el Retiro correr, junto a las ruedas de niños, la "Fuente de la Vida" y la "Fuente de la Muerte", que Victorio Macho, por eludir toda actitud escultórica, ha sugerido a la piedra.

Conoció en vida la gloria, de que la fama no es sino remedo pálido, un modo de comprobar que su obra ingente vencía al tiempo para durar más aun que el mármol conmemorativo. Por su patria, y no por sí, se recreó en sus trabajos y en sus días. El lo dijo, por boca del doctor Tello, al inaugurarse el monumento de Macho:

"Hoy no hacen ya falta ciertos estímulos. Por fortuna, contamos ya en todos los dominios del saber con iniciadores preclaros cuyos nombres han traspasado las fronteras. De importadores nos hemos convertido en exportadores. Al fin hemos comprendido una verdad muy sencilla: que la prosperidad y el poderío de las naciones no se funda solamente en la grandeza militar, sino en el caudal de ideas científicas, de conquistas técnicas y de todo linaje de invenciones útiles."

En 1900, en el Congreso Internacional de Medicina, reunidas las Delegaciones de todas las Facultades del mundo, habían conferido un galardón universal al maestro. El premio Nóbel reverdecía más tarde estos laureles, y cien homenajes más los han hecho inmarcesibles. El que Cajal recordaba siempre era el de la Universidad central de Madrid. En esta fiesta se describió Cajal a sí mismo con vigorosos trazos:

"Al considerar, melancólicamente, allí en mis mocedades—dijo—, cuánto habían decaído la Anatomía y Biología en España, y cuán escasos habían sido los compatriotas que quedan en la historia de la medicina científica, formé el firme

propósito de abandonar para siempre mis ambiciones artísticas, dorado ensueño de mi juventud, y lanzarme osadamente al palenque internacional de la investigación biológica. Mi fuerza fué el sentimiento patriótico; mi norte, el ennoblecimiento de la toga universitaria; mi ideal, aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo, granjeando respeto y simpatías para nuestra ciencia, colaborando, en fin, en la grandiosa empresa de descubrir la Naturaleza, que es tanto como descubrirnos a nosotros mismos."

Eso hizo, en efecto, como ninguno, y eso, conforme a la divisa heráldica,

es vivir de tal suerte,
que vivo queda en la muerte.

Los honores que recibió siguen pregonando la excelencia de su obra. Era el histólogo, doctor "honoris causa" por las Universidades de Wersburgo, de Cambridge y de París. Académico de la Española y de la de Medicina, de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Madrid; académico honorario de la de Ciencias de Budapest; miembro de honor de la Sociedad Española de Física y Química, ex presidente de la Sociedad Española de Historia Natural, "Foreign member of the Royal Society of London", miembro correspondiente del Instituto de Francia, agraciado con el premio Faurelle por la Sociedad de Antropología de París, premiado por la Real Academia de Ciencias de Berlín con la medalla de Helmholtz, miembro correspondiente de las Sociedades Físico-químicas de Wurzburg, de Ciencias Médicas de Lisboa y de la de Medicina de Berlín; agraciado con el premio Nóbel y con la medalla Echegaray, miembro de Corporaciones científicas de las primeras naciones de Europa y América, doctor en leyes "honoris causa" por la Universidad de Clark (Worcester), comendador de la Legión de Honor y de la orden alemana por el Mérito, catedrático jubilado de Histología de la Universidad Central, presidente de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. A estos honores y títulos hay que añadir muchos más.

En cuanto a sus libros y monografías del sabio—cerca de trescientos—, el mundo del saber los ha consagrado en todos los idiomas de Europa.

En este instante acerbo en que asistimos a la pérdida por España del más grande de sus hijos, ¿cómo recapitular ni aun ordenar juicios ni memorias? El llanto turba el discernimiento, y sólo de la abundancia del corazón escribe la pluma.

Más que quitarle la vida, ha otorgado Dios a Cajal la muerte, en cuanto la muerte es resurrección y vida imperecedera.

A Cajal le han sido atribuídas multitud de rarezas. Se ha dicho que todos los sabios se distinguen de los demás mortales, no sólo por su ciencia, sino también por lo que los profanos califi-

can de "rarezas de carácter" o "monomanías de sabios".

Entre las "rarezas" de D. Santiago Ramón y Cajal se ha destacado fre-

ha ido con Cajal! ¡Y qué haz de luces, y de energías, y de ejemplos! No es hora de decirlo en la forma adecuada. Harto apesadumbrados los españoles por las preocupaciones de una dramática actualidad, difícilmente se darían cuenta—al exponerla en su severa simplicidad—de la obra magnífica que este hombre ha cumplido.

Dejémonos, pues, de la técnica y de la ciencia. Estos valores universales requieren para su apreciación mesurada—para que de esta misma medida surgiera, en este caso, la admiración y el estupor—un cierto sosiego de la mente colectiva de la nación. Dejémonos de la técnica y de la ciencia. Era ésta en Cajal el resultado natural—esto es, simple, sencillo—de una secreta actividad movida por la fe. Como los grandes ríos que fecundan las tierras lejanas brotan en lo alto de las sierras, en manantiales recatados y perennes, y luego se nutren de todas las nieves y de todas las lluvias que caen sobre el suelo sediento de la Patria, así la empresa gigante de Cajal fluye, enriquecida luego por las aportaciones de un inmenso trabajo propio y ajeno, desde el recóndito seno de su personalidad humana, animada por un impulso inextinguible, que en sus fuentes más hondas nacía del rencor contra una historia inmerecida por su país, del encono contra un mito de incapacidad que había que destruir con un gesto creador.

Es la grandeza de ese gesto lo que conmueve nuestro ánimo. Para comprenderlo, claro está, hay que conocer la magnitud del propósito, la pobreza de los medios, las dificultades del ambiente, el obstáculo de la indiferencia, la hostilidad de los extraños, la solidez de los resultados, el tardío acatamiento del mundo entero a este esfuerzo magnánimo coronado por el éxito. Pero el conocimiento de todos estos factores—positivos y negativos—del triunfo científico de Cajal no nos da todavía la medida de aquel impulso primario, del ímpetu contenido de aquella voluntad asentada frenéticamente sobre un amor entrañable, con aquella forma específica del "querer" que es peculiar de algunos espíritus próceres.

Este fué Cajal. Este ha sido por encima de todo. Sus desdeñosas rebeldías contra la mediocridad cuando participaba en la guerra de Cuba; su esquiva soledad de trabajador silencioso—más tarde, en las Universidades de Zaragoza, de Barcelona, de Madrid—; sus "raptus" polémicos, ardorosos y lancinantes—flechas a veces, a veces martillo—; su persistencia en los temas escogidos hasta demenzarlos, desentrañarlos, desintegrarlos, hasta llegar a la esencia de las cosas; todo esto y mucho más no fué otra cosa sino un propósito inquebrantable de imponer el nombre de España en el mundo con una obra merecedora del asentimiento universal.

Este amor de España es su grandeza. Sépanlo así los españoles en esta hora en que parecen desgarrarse tantas cosas y en que se abre quizá el cauce fecundo para una renovada vida nacional. Sépanlo y sientan todos, en la dolorosa emoción de haberlo perdido, la resonancia íntima de la suprema virtud de este ejemplo.

Gustavo Pittaluga

Es difícil decir el dolor que siente un español ante la muerte de Cajal sin que las palabras más conmovidas no parezcan lugares comunes. Hace casi medio siglo que España tenía la costumbre de recostarse, en

cuentemente una modestia extraordinaria y un retrainamiento exagerado para cuanto significase vanagloria o atisbo alguno de "réclame". Una vez que le

Cajal...

(Viene de la página anterior)

sus horas de dolor, en la gloria universal e indiscutida de su grande hombre. Cada vez que la pasión e la fatalidad nos ponía en trance de angustia o de depresión recordábamos que había nacido entre nosotros—en la misma tierra del guerrillero y del político!—un hombre que paseaba por el mundo su cabeza serena bajo una gloria abrumadora, sin rencor de nadie, sin envidia de nadie, sin que nadie se atreviese, dentro ni fuera de la Patria, a poner un acento de crítica a la magnitud de su obra. Todo en torno suyo han sido alabanzas y glorificaciones, y ya no queda nada por decir.

Pero basta con decir que ha muerto para que sobre toda la literatura. Ya no tenemos a Cajal. Su obra, es cierto, será eterna. Mas nos era necesaria su presencia viva para que los españoles nos diésemos cuenta de que entre nosotros podía alentar, vivir y crear un hombre vaciado en los moldes universales. Nuestra historia está cargada de gloriosos recuerdos, que cada vez nos obligan más y más. Necesitamos también un presente vivo y robusto para seguir adelante con tanta carga sobre los hombros. Y esto ha sido para nosotros Cajal: no el grande hombre cuya historia desfila, entre mil más por el panteón de los recuerdos insignes, sino un conductor que nos hablaba y nos enseñaba directamente, obligándonos a creer en hoy y a mirar al futuro con fervorosa esperanza.

No sabrán nunca las gentes, que han oído tantas veces la glorificación de este nombre, lo que realmente representa en la hora actual de España. Su actividad científica se dedicó a un sector muy particular de la biología. Fueron pocos relativamente los que le leyeron. Las promociones de estudiantes pasaban por su lado cuando, apenas entrados en las aulas, les faltaba la gravedad necesaria para entenderle. Sus discípulos directos fueron unas cuantas docenas a lo largo de su vida de obstinada labor. Y, sin embargo, puede afirmarse que a la sombra de este formidable creador se han formado las generaciones actuales del alma española, incluso aquellas que nada tuvieron que ver con la biología. Como la luz del día, iluminaba a todos la de su genio, a los próximos y a los lejanos, sin que nadie tuviera que preguntar de dónde venía.

La gran preocupación de Cajal fué crear la España científica; preocupación de raíz paralela a las de Costa, pero infinitamente más eficaz, porque el gran maestro de todos no sólo predicó—y con qué elocuencia!—, sino que nos dió el ejemplo del trabajo tenaz y diario, del derroche de las horas por lograr un hallazgo que no valdría al día siguiente ni dinero ni aplausos, sino pura satisfacción de haber visto la cara a la Verdad, grande o pequeña.

El primer destello de la gloria de Cajal sirvió de alivio a España en su hora de mayor dolor en el pasado siglo, cuando perdimos nuestras últimas colonias. Ahora se extingue, quizá cuando la necesitamos con una urgencia parecida. Pero nos deja su ejemplo de serenidad, de desinterés, de patriotismo, de orgullo de nuestra historia y de conciencia de la responsabilidad de continuarla. "La patria—escribía—no es sólo espacio, sino tiempo; no sólo hogar y terruño, sino pasado y porvenir."

¡Qué consuelo si su muerte tuviera la virtud de infundir esta heroica medicina en el alma borrascosa de los españoles de hoy!

G. Maraón

ofrecieron una cartera de ministro contestó desdeñosamente: "No puedo distraerme en semejantes tonterías."

Recibía pocas visitas, y menos aun de periodistas. La mayor parte del día la dedicaba a su laboratorio del Instituto de su nombre.

Acostumbraba hacer una vida tranquila. Se levantaba a las diez de la mañana, pues solía escribir en la cama. A las doce se iba al laboratorio y se encerraba en su gabinete de trabajo completamente solo, y en él permanecía hasta las dos de la tarde. A las seis volvía a él nuevamente y trabajaba hasta las ocho y media.

Su gabinete de trabajo era una especie de santuario; ni siquiera los encargados de la limpieza entraban hasta que D. Santiago lo indicaba.

Una de sus distracciones favoritas era la búsqueda de curiosidades bibliográficas en los puestos de libros viejos. Solía frecuentar mucho el café del Prado, y se le encontraba en su abstracción rodeado de aquel ambiente igualmente propicio para las gentes frívolas que para un sabio preocupado con el misterio de la vida. No toleraba que nadie se sentase a su mesa y no admitía que nadie le abonase el café. Algunas veces se entretenía con la lectura de periódicos infantiles.

De origen humilde, toda su preocupación antes de morir ha sido dedicar parte de sus reducidos ingresos a sufragar premios a los alumnos más aventajados de Medicina.

Recordemos los primeros descubrimientos de Cajal, realizados en apartada y hosca soledad. Los sabios consagrados de Europa, a quienes Cajal daba noticias de sus maravillosas revelaciones al microscopio echaban a un lado las cartas y notas de aquel español ignorado. Al fin, uno de ellos, von Leuhossek, se digna contestarle desde Basilea: "Resulta muy sorprendente que hecho tan cardinal—la división de las fibras radicales posteriores de la medula—no haya sido percibido por nadie no obstante haber sido la medula explorada desde hace cincuenta años en todas direcciones y con todos los métodos..."

Años después, en 1889, Cajal se decide a concurrir a la Sociedad Anatómica Alemana, y allá va con sus preparaciones y sus esperanzas. Mas la atención de todos hace el vacío al rincón que el sabio español ocupa con su batería científica—cinco microscopios bien provisionados—para rodear a las grandes autoridades de la histología mundial. Cajal no se resigna ante la injusta y absurda indiferencia.

"Todavía creo verlo—escribirá más tarde Van Gehuchten—tomar aparte a Kolliker, entonces maestro incontestable de la histología alemana, y arrastrarlo a un lado de la Sala de Demonstraciones para mostrarle en el microscopio sus admirables preparaciones, y convencerle al mismo tiempo de la realidad de los hechos que pretendía haber revelado. Kolliker, complaciente con el

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

*No hay nada más agradable
ni más delicioso.*

Es un producto "Traube"

español oscuro, se aproxima, mira una vez y otra vez, examina nuevas preparaciones, y al fin, ante la expectación general, se levanta para decir: "Señores, acabo de descubrir a un gran sabio. Se llama Ramón y Cajal".

A partir de su consagración por Kolliker, decide publicar sus trabajos en el extranjero. Es invitado por el profesor Krause, de Gotinga, a colaborar en su revista. Inicia sus trabajos sobre los epitelios y fibra muscular, así como los primeros trabajos con el método de Golgi. En su cátedra de Histología de Barcelona es donde dice "que los resultados sobre las investigaciones en el sistema nervioso conducen a extremos interesantes". Su excesiva fecundidad científica le obliga durante 1888 a publicar una revista micrográfica. Entonces enuncia sus famosas leyes sobre la morfología y conexión de las células nerviosas. Esta gran fecundidad científica de 1888 plasma en aquellos descubrimientos geniales: las "cestas" del cerebelo, el axon de los "granos" y las "fibras musgosas" y "trepadoras". Estos descubrimientos tienen un valor decisivo para resolver el problema de la conexión intercelular. Confirma en la retina y en el lóbulo óptico las "leyes conectivas" inducidas del análisis del cerebelo. Enuncia el plan estructural de la medula espinal, y averigua el modo de terminar de los nervios sensoriales y sensitivos. Describe después la curiosa disposición de las fibras musculares de los insectos. Hace sus famosas "exploraciones en el bulbo olfatorio". Halla otros temas interesantes del estudio de la corteza cerebral de los mamíferos y descarga sobre sí unas grandes discusiones científicas con sus teorías.

Con la colaboración de Van Gehuchten formula en 1891 el principio de "la polarización dinámica de las neuronas". Completa también sus anteriores observaciones sobre el cerebro y la retina y acomete la de los ganglios simpáticos. Hace entonces sus oposiciones a la cátedra de Madrid y se traslada a la corte en 1892. Nuevas investigaciones sobre la estructura del cerebro, y comienza la publicación de su grandiosa obra, hoy agotada, sobre la textura del sistema nervioso en los vertebrados.

En los años 1894, 1895 y 1896 halla nuevas disposiciones sobre la estructura

del bulbo raquídeo, protuberancia, tálamo óptico, cuerpo estriado, glándula pineal, cuerpo pituitario, retina, ganglios, etc. Para eliminar posibles objeciones consigue comprobar, con el método de Erlich, los hechos más importantes observados por él con el cromato de plata. De esta época parten sus teorías sobre el mecanismo del sueño, la atención y la asociación, leyes de ahorro, de espacio, de materia y de tiempo de conducción.

En 1898 y 1899 explica su teoría de los entrecruzamientos nerviosos y estructura del "quiasma-óptico" en la serie animal.

De 1899 y 1900 son sus trabajos sobre el encéfalo humano y sus elementos característicos, estructura de la región visual, de la corteza acústica, táctil y olfativa. Es invitado a dar unas conferencias en las Universidades de América del Norte.

En 1901, y cuando se hallaba en Amanié, se le concede el premio internacional, llamado de Moscu, y con este motivo es grandemente agasajado.

En 1903, 1904 y 1905 son los años de las fórmulas descubiertas de impregnación argéntica. Con la colaboración del profesor Tello señaló curiosas variaciones fisiológicas del retículo neurofibrillar, bajo la acción de la temperatura, prueba a que fué sometido por los adeptos de la teoría catenaria. Adquiere la evidencia de que las neurofibrillas de la célula nerviosa constan de unidades vivientes relativamente autónomas.

De 1907 a 1917 emprende diferentes trabajos de anatomía comparada sobre el cerebelo, bulbo raquídeo y origen de los nervios motores y sensoriales de peces, aves y mamíferos. También sobre la estructura del núcleo neuronal y de las supervivencias de las neuronas fuera del organismo. Nuevas investigaciones sobre la degeneración y regeneración de la medula, cerebro, cerebelo y experimentos de trasplante de nervios son hechos favorables a la teoría neurotrópica. Produce después nervios artificiales en los ganglios trasplantados y descubre nuevos métodos de investigación: el del formol-urano para la coloración del aparato endocelular de Golgi, y el del sublimado-oro para la impregnación de la neuroglia de tipo protoplasmático. Los últimos descubrimientos son sobre la retina de los cefalópodos, ojo y retina de los insectos,

las epiteliofibrillas del endodermo, vías nerviosas oculares de algunos insectos, modificación del método de Bielchowsky y coloración de la neuroglia. Pero el que ofrece mayor interés de todos los publicados es el que se titula "¿Neuronismo o reticularismo?", y que es una respuesta a las dudas y objeciones dirigidas modernamente a la concepción neuronal.

Sus principales obras han quedado reseñadas al exponer sus descubrimientos científicos. Señalemos, no obstante, la que le dió fama universal: el tratado, publicado en francés y ya agotado hace muchos años. "Histologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés", en dos tomos. Las didácticas: "Manual de Histología normal y técnica micrográfica", "Anatomía patológica", "Reglas y consejos sobre la investigación biológica", "Estudios sobre degeneración y regeneración nerviosa", "Recuerdos de mi vida", entre las no científicas, y que es una autobiografía completísima; "Estudios sobre la neurogenesis de algunos vertebrados", y por último, una técnica del sistema nervioso, publicada en 1932. Las monografías son numerosas—tantas como sus trabajos de investigación—; por lo que únicamente reseñamos la última: "¿Neuronismo o reticularismo?", publicada en 1933 y dedicada a defender sus teorías.

Todos los que han visitado la casa del gran sabio fallecido anteanoche han podido ver el lugar de trabajo íntimo elegido por él: la "cueva", como la llamaban todos. En un sótano, dos sillones, una mesa, un microscopio, una capa vieja, en la que se envolvía; una cámara microfotográfica y un estante con el primer microscopio empleado por él. Estanterías con folletos, libros, muchos libros, en sillas mesas y que lo invadían todo. Las paredes, llenas de anotaciones variadísimas.

Muchos de los que esto veían con el asombro natural al comparar los medios empleados y la grandiosidad de la obra, decían en voz alta que sería una pena que desapareciese. Que se debía conservar así, tal como está, sin variar la posición de un libro, para enseñanza y ejemplaridad de todos los jóvenes españoles.

Queremos hacernos eco nosotros de lo expresado por muchos, y pedimos al Gobierno, a la familia, sea conservado este lugar como estaba en vida de quien lo animó con su presencia, con sus hechos, para que sea testimonio perenne de la grandeza y sencillez de este gran español.

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent - TELEFONO 3090

Casa de Habitación TEL. 2208

Estampas

Un caso admirable en nuestra América

Por JUAN DEL CAMINO

— Colaboración. — Costa Rica y noviembre del 34 —

Los ex-Alumnos del Instituto Nacional de Panamá celebraron el cuarto de siglo de existencia de esa institución, planteando cuestiones importantísimas contra el imperialismo yanqui. Panamá es nación en donde viven generaciones con espíritu de lucha. El yanqui no ha podido acobardar al estudiante y el estudiante hace de la defensa de los intereses de su pueblo preocupación honda y sincera. A las aulas del Instituto vuelven con los años y llevan el acuerdo que es grito de liberación. El imperialismo oprime. El Canal exige todos los atropellos. Pero el panameño de honor los denuncia y hasta donde le alcanzan sus fuerzas los repele. Es un caso admirable en nuestra América. En 1926 el imperialismo yanqui redactó el tratado que convertiría a Panamá en factoría permanente. Pues ese tratado a pesar del poder de la nación que quiso imponerlo al pequeño pueblo panameño, sigue todavía como simple proyecto amenazador. Hubo clamor. Oculto mantenía el imperialismo el texto esclavizador. Lo reveló la vigilancia de una generación ofendida por el trato brutal del yanqui dominador. Desde entonces la astucia fiera del Departamento de Estado acecha la hora de caer sobre Panamá.

Pero hay allí espíritu y el Congreso de ex-Alumnos reunido en el mes de julio pasado es expresión viva de ese espíritu que no quiere doblegarse al invasor. Las relaciones de la República de Panamá y los Estados Unidos fueron reguladas en 1903, cuando el suceso de la independencia. Por esa regulación ejercen los Estados Unidos derechos soberanos en la llamada Zona del Canal. Y se desbordan de la Zona para invadir derechos que Panamá no le ha enajenado al imperialismo. En la tarea de contener al yanqui vive activo el panameño de honor. Por esto denunció el tratado de 1926 que, queriendo arreglar puntos de divergencia y "regular ciertas frases de sus relaciones futuras", entraba a reformar el tratado de 1903 en beneficio y para provecho exclusivo de los Estados Unidos.

Los ex-Alumnos redactan su manifiesto y estampan la afirmación rotunda de que ese tratado es nulo en sí mismo. Con lo cual asumen desde el primer momento una actitud viril que no satisface al Departamento de Estado yanqui. Este organismo político quiere ver sólo pueblos sometidos. Y tratándose de Panamá con la inmensa obra de conquista imperialista metida en el medio de su geografía, la altanería de los hombres del Departamento de Estado es mayor. Los ex-Alumnos del Instituto tratando francamente ese enorme problema irrespetan, según el criterio de sumisión que los Gobiernos nuestros quieren extender para complacer al De-

partamento de Estado. Pero es irrespeto lo que necesitamos cuando nos dirigimos al poder imperialista que nos tiene acosados. Los ex-Alumnos saben que el enemigo es el imperialismo y afirman: "La acción que corresponde desarrollar es, por tanto, primordialmente, una acción general contra el imperialismo norteamericano."

Ese imperialismo, que nosotros preferimos llamar yanqui, es penetrante en la América entera. En Panamá, desde luego, la Zona del Canal es el pretexto para hacerlo de más odiosa acción. En realidad el imperialismo trazó esa Zona con el siniestro propósito de ir extendiendo hasta cubrir todo el territorio de la República. El tratado de 1903 tiene esos designios. Los ex-Alumnos del Instituto lo ven claramente cuando dicen: "El Congreso de ex-Alumnos del Instituto Nacional conceptúa que esta política ha de tender a la abrogación completa y absoluta del tratado del Canal de 18 de noviembre del 1903."

Pero el imperialismo yanqui no se dejará quitar la obra canalera que sirve eficazmente a su dominio. Lo que ahora hacen gente viriles de Panamá es señalar a la América el camino de la reconquista de ese instrumento usado por el imperialismo con fines dominadores. En la voz de esta generación encontramos el timbre que será mañana llamada de lucha. Porque los Estados Unidos no pueden pretender para su exclusivo control y dominio el Canal y la Zona que se extiende a ambos lados como cosa yanqui. Los ex-Alumnos presentan el

Cansancio mental

Neurastenia

Surmenage

Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

plan para que la inmensa empresa se convierta en lo que debe ser, es decir, en empresa al servicio del mundo. Para esto piden que la República de Panamá no tenga interferencia en el ejercicio de su soberanía y que su integridad territorial sea mantenida. Esto es, alegan derechos que el imperialismo no está dispuesto a conceder. Pero no es iusorio lo que piden. Es cierto que no va a realizarse pronto. Pero tiene que realizarse y estos pueblos lo realizarán.

Los Estados Unidos no hicieron su arribo en Panamá con el ánimo de abandonar o descuidar su empresa canalera. Sin embargo, esa empresa una vez convertida en aparato de dominio tiene que abatirse como medio único de librar a muchos pueblos del vasallaje. Los ex-Alumnos panameños de tanto mirarla en funciones de dura explotación, han pedido "la garantía absoluta de que la Zona del Canal no será convertida en ningún momento en campo de explotación comercial". Y más adelante esto que es mortal para el imperialismo: "La construcción por cuenta del Gobierno de los Estados Unidos de Norte América, de medios de comunicación permanente—túnel, puente, etc.—que garantice el libre tránsito a través del Canal y el reconocimiento expreso del derecho de Panamá de construir todas las vías terrestres interoceánicas que exijan su desarrollo económico y político".

En suma, lo que el ex-Alumnado panameño ha querido sentar para una lucha de reconquista del Canal de Panamá es el principio de que esa obra no puede estar sometida a la explotación de los Estados Unidos imperialistas. El tratado de 1903 contra el cual proclaman su cólera las generaciones nuevas de Panamá es un plan de sumisión absoluta de la Zona del Canal al imperialismo yanqui. En el tratado de 1926, sin aprobar todavía hoy por la denuncia oportuna que de él se hizo, contiene esta cláusula malvada: "La República de Panamá conviene en cooperar por todos los medios posibles con los Estados Unidos en la protección y defensa del Canal de Panamá. En consecuencia la República de Panamá se considerará en estado de guerra en caso de cualquier conflicto armado en que los Estados Unidos sean beligerantes; y con el fin de hacer más efectiva la defensa del Canal, si ello fuere necesario en concepto del Gobierno de los Estados Unidos, le traspasará a éstos, durante el período de las hostilidades o mientras haya amenaza de ellas, en todo el territorio de la República de Panamá, el funcionamiento y control de las comunicaciones radiográficas e inalámbricas, naves aéreas, centros de aviación y navegación aérea." Las dos cláusulas son totalmente diferentes. La que los ex-Alumnos conciben para que la Zona del Canal recupere su función de Zona al servicio del mundo, tiene que levantar la ira y el desprecio de los que redactaron la que perpetúa esa Zona como instrumento de conquista y vasallaje del imperialismo yanqui.

Es alentadora la conducta de los ex-Alumnos panameños. Los terriblemente

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO
 ABOGADO
 SAN JOSE, COSTA RICA
 OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa
 TELEFONOS:
 OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

escépticos la juzgarán utópica. Pero si la declaramos preocupación de estos pueblos haremos que tenga fuerza y despierte lucha. En Panamá están todas las armas del imperialismo yanqui y con ellas deshace a sus opositores. Por eso Panamá debe ser sitio de nuevas reflexiones. El manifiesto del ex-Alumnado no ha de pasar indiferente. Cuando las generaciones que pasan por escuelas y colegios no piensan jamás en volver a ellos a renovar su fe en un suelo libre de vasallaje, es aleccionador lo hecho por estas generaciones panameñas. Allí no muere el sentido del honor. El yanqui está metido medio a medio de la geografía, pero por mucho que trate de aplastar no acaba con el espíritu grande de un pueblo que quiere conservarse libre. Lo natural sería encontrar gente apocada o indiferente para la que lo mismo da que sea mucho o poco que el imperialismo domine. Es lo usual en nuestros pueblos. Sin embargo, Panamá muestra hijos erguidos que salen a darle batalla al imperialismo, y dicen a la América que el enemigo es ese imperialismo. ¿En que pueblo de los nuestros no impone con rapidéz el Departamento de Estado el tratado que quiere directamente para sí o para la empresa yanqui? Pues en Panamá hace

ocho años que tienen encarpados unos tratados que necesitan urgentemente porque les dan el dominio sobre el resto del territorio de la República. Han hecho esfuerzos por pasarlos y no obstante los descartados que por allá contribuyen a imponerlos, son todavía papel que no aprisiona la libertad del panameño.

El manifiesto de los ex-Alumnos del Instituto Nacional de Panamá no debe pasar inadvertido. Reflexionen en él los que sientan anhelos de lucha. Contiene la previsora advertencia de que una obra canalera poseída por los Estados Unidos tiene que ser devuelta por esta nación al mundo. El imperialismo yanqui tiene a Panamá como campo propicio a la factoría. Y los ex-Alumnos proclaman que Panamá no puede seguir acechada por la monstruosidad imperialista. Proclaman que Panamá debe asumir el dominio sobre territorio y aguas dominados por el imperialismo. Asumir ese dominio para asegurar a los demás pueblos el uso decoroso de una obra que el imperialismo domina.

Y además, quiere ese manifiesto acabar con las vergüenzas del trato secreto de los Gobiernos. Quiere que Panamá imponga normas nuevas para sus relaciones con los demás pueblos y con los Estados Unidos. Quiere publicación y conocimiento de documentos que guardan las cancillerías como medio de ocultar a los pueblos los lazos que les tienden para acabar con la libertad. Si las generaciones nuevas de la América nuestra meditan en la proposición del ex-estudiantado panameño, para establecer relaciones internacionales limpias y honradas, es posible que quieran empeñarse en que iguales normas se impongan en sus Gobiernos.

Prisma del Espiritu

= Envío del autor. San Salvador, noviembre de 1934.

Este día no he sido indiferente
 al dulce palpar del Universo:
 he escuchado el rumor que da la fuente,
 he sentido la luz del Padre Sol,
 la alegría traviesa de los niños,
 la música que esconde el cañacol...

He sentido ser nube que camina,
 — su vida es caminar —
 y ese lírico anhelo
 del incoloro mar
 por convertirse en cielo...

He visto a las palomas
 volar regocijadas,
 sobre las verdes lomas
 o tierras cultivadas.

Ojos . . .
 Oídos . . .
 y Alma . . .

me enseñaron un paisaje,
 me dieron una canción,
 me elevaron al celaje...

Bendita la belleza
 que endulza el corazón.
 Nos mata la tristeza,
 nos lanza a la emoción.

Debería existir
 este lema ejemplar:
 vivir para soñar,
 soñar para vivir. . . .

Juan Ulloa



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del SISTEMA "GADI" de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

Lección rectoral, a la antigua y sabrosa manera

Por REMIGIO CRESPO TORAL

(Y 3. Véanse los dos números anteriores)

LA HUERTA

Para el cultivo de recreo, para la mesa diaria, es el hogar íntimo, la delicia de la agricultura.

Es la pequeña labor, que debe multiplicarse, de modo que cada habitante tenga su pedazo de tierra para las verduras de su mesa.

Dinamarca, cátedra de industrias rurales—país por ello admirable, desde 1826 estableció mediante ordenanzas reales, el cultivo de la huerta, proporcionando terrenos a los pobres en condiciones de suma facilidad, y al amparo del Estado.

Hoy existen más de 80.000 pequeñas labranzas, y se ha logrado interesar a los adolescentes en esta campaña, a fin de centuplicar el rendimiento de la tierra y emplear, para vigor de la raza, a las primicias de ella, en este utilísimo deporte de la agricultura.

Ideal sería el que las poblaciones se formasen como huertos y jardines, no sólo para provecho, sino para higiene del aire, de las aguas y de la alimentación.

Así es como hemos de aprovechar las verduras que plantemos con amor racional y consciente, para una nutrición sana, sin el inconveniente carnívoro, tan ingrato a la delicada inclinación de nuestras almas, educadas para la piedad a semejantes y a desemejantes, — para vivir y morir sin oprimir ni matar a nadie.

EL IMPUESTO A LA TIERRA

Demanda especial consideración todo lo que se relaciona con la cuota tributaria de la industria agrícola.

El mismo Jovellanos pedía la sabia moderación de los impuestos a la tierra, afirmando su instancia en los motivos que ya alegó Gibbons en su famoso libro de *La Grandeza y decadencia de los Romanos*, en el que patentiza como los tributos de los emperadores mataron la agricultura de muchas provincias. El rigor de las contribuciones produjo el mismo resultado que la expulsión de los cultores de la campiña romana, sobre cuya desolación lloró el Mantuano en sus églogas de elegía.

En país como el nuestro donde la extrema división del suelo ha reduplicado su valor en venta no puede éste ser base de tributación, ya que el impuesto ha de atender principalmente a la renta de la tierra, de la que el Estado toma una parte moderada del beneficio.

El mismo Henry George, predicador del impuesto único, lo preconizó para alivio de los contribuyentes, para incremento de la producción y para prudente economía del Estado, sin gravamen para las mejoras de la tierra, que lo ocasionaría el estancamiento, como recurso de defensa contra el impuesto.

Por fin, la condición desastrosa de nuestra agricultura motiva no solamente la suspensión del impuesto llamado progresivo, sino la del impuesto mismo catastral. Cuando la sequía deja exhausto el suelo y la hambre convierte en desierto los campos, mal puede el Estado, cuyo oficio principal se reduce a la beneficencia, cobrar pechos y gabelas al terrateniente, a quien no le queda sino la tierra desnuda y calcinada. De la ubre exhausta, no se extraerá leche, sino sangre...

La vieja ley de Partida prescribía que no se cobren ni cánones de arrendamiento, en casos de inclemencia: "Destruyendo o perdiéndose los frutos de alguna heredad... que tuviese arrendada un home de otro por alguna ocasión que acaeciese, que non fuese muy acostumbrado de avenir, que non teniendo frutos el que le toviese arrendado, de dar ninguna cosa de precio de arrendamiento que oviere permitido a dar, la debida cosa es, que como él pierda la simiente e su trabajo, que pierda el señor la renta que debe aver".

Triste condición la del suelo que no puede sustraerse ni a la envidia de los desposeídos ni a la codicia fiscal. De ella se eximen sí fácilmente el fraude y la usura, cuyos anillos se reproducen en el fondo mismo de las entrañas de la sociedad, sin que para ello haya un verímfugo en la terapéutica tributaria.

LA EDUCACION AGRICOLA

Conocida la geografía agrícola de la región, estudiadas sus necesidades, vista su potencialidad, corresponde a la educación el primer impulso, el empuje motriz, para la reforma, y a la Universidad, cabeza de la enseñanza, poner la mano sobre el timbre de aviso, sobre el botón eléctrico que inicie el movimiento de renovación. Así hemos de ir

a la Universidad popular, que es la verdadera extensión de la Universidad máxima: a impulsar la técnica de las artes, a vulgarizar la técnica agrícola, esparciendo sus normas desde el cortijo y la aldea hasta quintas y jardines de los alrededores de la ciudad.

En el remoto siglo XVIII, nuestro tan recordado Jovellanos preconizó la enseñanza agrícola en toda su extensión, desde los primeros centros hasta las escuelas superiores.

Universidad quiere decir totalidad de los conocimientos, gerárquicamente dividida, sin preferencias, pero en ordenación sistemática para ser algo como una ciudad con magistrados y oficiales, masa y cabeza, para el progreso y el bienestar común. Jovellanos quería que se distribuyan por millares y millares las cartillas técnicas de agricultura, en que se dé la síntesis del conocimiento y la regla para las prácticas agrarias.

La parroquia es la célula política: desde ella hemos de partir, para formar allí la simiente originaria de la agricultura, hermana de pobres y ricos, nodriza de la civilización. En la segunda enseñanza, la cartilla ha de convertirse en tratado y en la superior en algo como enciclopedia y escuela de ensayos. Una gran Universidad ha de poseer un campo de experimentación, una escuela de zootecnia y de veterinaria, un laboratorio, cátedras de química agrícola: todo ello anexo a una granja modelo.

Así iremos a la educación integral que ensaye nuevas culturas, la ingeniería de bosques, la de canales y pantanos, la de máquinas y procedimientos modernos de cultivo y de recolección. En cada parroquia, si se fundara una pequeña estación, quizás contando con las parcelas a cargo de la Iglesia, protectora y maestra de las labores de la tierra, se daría principio a la enseñanza práctica, mediante erogación moderada de los vecinos, para su inmediato provecho.

No desdeñemos la tierra, transformémosla por el sudor. Los primeros vaguidos de la ciencia brotaron del cam-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

po, donde las fuerzas de la naturaleza nos enseñaron sus secretos.

Mujeres, niños, ancianos, no solamente el mancebo y el hombre maduro,— vamos todos a la labor rural, si no al arado y al gran cultivo, siquiera al huerto, al jardín. Si ni ello es dable a nuestra invalidez, recojamos en tiestos un puñado de polvo para la flor y las matas olorosas, que nos den la bebida cordial y la dulzura del sueño. Es industria universal, por lo menos la de la horticultura. Dividido el suelo hasta lo inverosímil, no es ya para la mies, ni para la pradera: es para la hortaliza, el frutal, las yerbas medicinales. Lo que no puede extenderse por la pequeñez del sitio, crezca en intensidad, para que la tierra se nos dé entera, renovada constantemente por las industrias del trabajo.

Y el jardín, hermosura generosa de las flores, pasa también al mercado en la cestilla y el ramillete. Visto habéis que los españoles cubrieron los cercados con rosas de Castilla, fragantes para el agua lustral, almohada de los muertos, medicina y vigor para los ojos, mezclada al rocío de la aurora. Las azucenas formaban pradera en las cercanías, y los pensamientos y la fresa silvestre se mezclaban a los gramales.

No es dable negar la intensa campaña, en todos los pueblos para el desarrollo físico, mediante el deporte, que va en degeneración, en circos de espectáculo salvaje, hacia el campeonato del puñetazo. Es la moda en el terreno de la fuerza, la moda en los espectáculos, una resurrección de los gladiadores en forma menos cruel, más poco artística.

¿Qué mejor deporte que el trabajo? El manejo de la azada, el campeonato de la barra, el ritmo del azadón, el gobierno del arado, la dirección de las bellas máquinas agrícolas, el elegante trazado del surco, la esgrima del hacha, la bella disposición de las plantaciones: ejercicio físico, a par que útil—completo, proporcionado a todas las aptitudes y las fuerzas. El niño al jardín y a la recolección; la doncella delicada cuide el rinconcillo de flores, riegue el semillero, recoja la hortaliza, limpie de parásitos la rama del frutal.

¿Que en los colegios y escuelas se pudiera anexar terrenos de cultivo, para que los jóvenes y niños de ambos sexos aprendieran las labores del jardín y de la huerta! ¿Que las ciudades y villas se distribuyesen en la amplitud de huertos y pensiles, para la higiene, para el aprendizaje agrario doméstico, para regalo de la mesa, para encanto de las viviendas, en las que la flor y la verdura traen alegría y felicidad!

¿Tendremos vergüenza de tan hermosas labores? Los jóvenes arrogantes, no sólo se adiestren en el certamen de pelota, en las variaciones de la equitación y en el avance de la carrera, sino en la emulación del cultivo, para coronarse vencedores con guirnalda de rosas: recompensa que da la tierra a los que se abrazan a ella, para ser fuertes y dueños de su fecundidad.

CONCLUSION

La agricultura siempre fué hermana de la ciencia y del arte: esa fraternidad la recuerdan los nombres inmortales de Hesiodo, Teofrasto, Varrón, Plinio, Catón, Columela.

Horacio, el lírico universal, fué un granjero, y bebió el vino de su viña y recorrió todas las escalas del ritmo en la soledad de su mansión rústica. Cicerón escribió sus hermosas divagaciones en su quinta de Tusculum, y por ella renunció a las delicias de Roma.

La poesía del campo tiene por genio protector a Virgilio, el de las **Geórgicas**, ese poema que vive en el alma de todos los pueblos y de todas las edades. No ha mucho tuvo un eco de dulzura en las **Geórgicas cristianas** de Francisco Jammes.

El príncipe de los ascéticos castellanos Luis de Granada escribió páginas exquisitas sobre los animales y las plantas, como pórtico de su incomparable **Símbolo de la fe**.

En nuestra América, las letras dieron la nota campesina en el hermoso poema **Rusticatio mejicana** del guatemalteco Landívar. Al estruendo bélico de la emancipación, se dieron las límpidas estrofas de la **Agricultura de la zona tórrida** del patriarca de las letras americanas; y en los campos de Antioquia, Gutiérrez González escribió la deliciosa **Memoria sobre el cultivo del maíz**.

En casi todas las literaturas hispano-americanas predomina el ritmo campesino y el amor al terruño.

Aquí mismo, un egregio Rector de la Universidad, el Dr. Luis Cordero, fué tenaz predicador de la ciencia y el arte de cultivar la tierra. Gran moujik de su comarca azuaya, como Tolstoi en su legendario Yasnaia, desde este mismo instituto universitario, en un ensayo de botánica local, enseñó más bien que los secretos de Linneo, las sencillas disciplinas rurales.

Nunca estuvo divorciada la sabiduría del conocimiento de las cosas y de su utilidad; y el arte bello y la poesía, siempre se han levantado desde el corazón de la tierra, como neblina que se baña en los resplandores del cielo.

El gran novelista inglés Sir Rider

Haggard dedicó la predilección de sus empeños a su famoso libro—**Inglaterra rural** y a sus no menos célebres—**Todo Por la Tierra y Redención**.

Del campo salieron los varones esforzados para las armas, los cerebros sanos para la ciencia, las fantasías diáfanas para el arte.

La ciudadanía halla en el campo los ejemplares no contaminados por las intrigas de las ciudades imperatrices y malas. Catón dijo bien: **ex agricolis et viri fortissime et milites stremissimi gignuntur maximeque pius...**

Inclinad vuestra energía, pensadores y poetas, literatos y maestros, hacia estas amables enseñanzas que se acercan al pueblo: con ellas iréis a su alma, no sólo como hombres de alto espíritu, sino como obreros de la utilidad. La ciencia y el arte son también obras de misericordia.

Y ha de emprenderse una fuerte rectificación en el movimiento educacional, para dignificar la agricultura, arte por excelencia patriótico y familiar. No entreguemos a la ignorancia el cuidado de la tierra, y hagamos "la agricultura consanguínea de la ciencia", como prescribió Columela. Así lograremos la satisfacción de la necesidad, a fin de que sea menos dura la condición de los tristes mortales.

Así se enaltecerá esta industria maternal, haciéndola digna de alternar con las primogénitas, en los institutos superiores.

Y repitamos a nuestras Américas los versos con que arrulló nuestra infantil agricultura el incomparable Bello:

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida alzáis sobre el atónito Occidente de tempranos laureles la cabeza, honrad el campo, honrad la simple vida del labrador, y su frugal llaneza...

Para que así las pacíficas labores campesinas merezcan respeto público y predilección del Estado; y la agricultura, por la ciencia que la lleve de la mano, sea merecedora de galardón, tanto como las eminentes especulaciones del espíritu.

Silvæ sint consulæ dignæ.

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

Don Ramón Menéndez Pidal

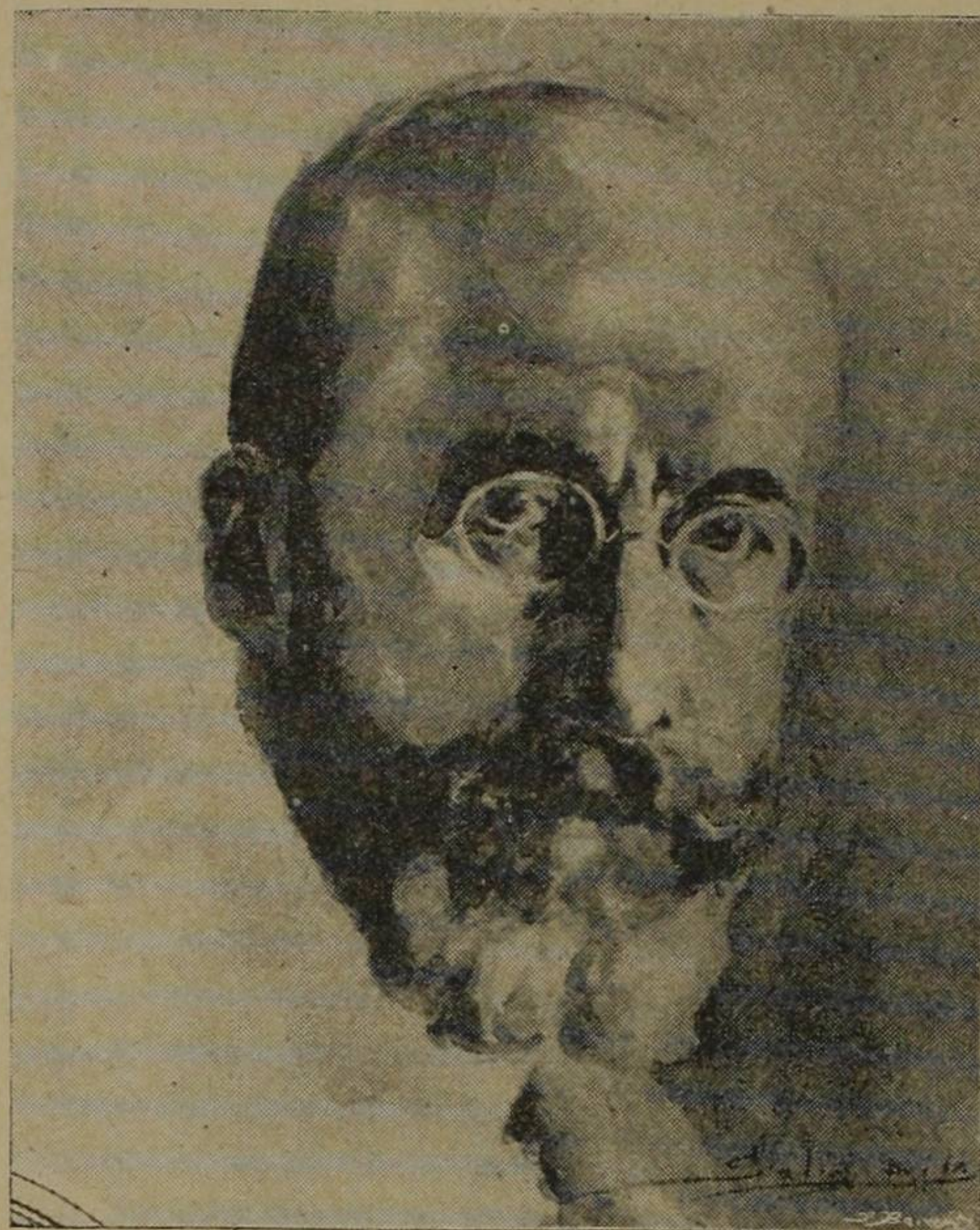
(Piedra blanca)

Por AZORIN

= De Ahora.—Madrid =

Se han publicado los tomos I y II de las obras completas de don Ramón Menéndez Pidal. Señalemos el acontecimiento con piedra blanca. Menéndez Pidal nace en 1869. Sus obras son copiosísimas. Publica en 1895 sus primeros trabajos. Al año siguiente da a las prensas su "Leyenda de los infantes de Lara", que ahora es reeditada. Jalones son en la ruta de Menéndez Pidal su estudio acerca del Poema del Cid, su obra sobre los orígenes del español, los dos compactos volúmenes sobre el Campeador y su tiempo, el libro sobre la poesía juglaresca y los juglares. El estilo del maestro es sobrio, limpio, claro, preciso. No le placen a Menéndez Pidal lo que Menéndez y Pelayo, defendiendo su programa en las oposiciones de 1878, llamaba sarcásticamente "inauditas revelaciones estéticas". No es supersticioso. No lo es ahora que con tal vehemencia lo es la moderna crítica. No se entrega idólatricamente a la mitología. Los mitos de la moderna crítica se llaman Platonismo, Renacimiento, Barroco. Obra hay, entre las extranjeras—obra dedicada a nuestro siglo de oro—, en que todo, hasta El Escorial, se nos muestra barroco. La crítica ha de abarcar, para ser completa, tres aspectos: el geográfico, el psicológico y el estético. No sacrifica Menéndez Pidal, como se suele hacer, dos de estos aspectos—el geográfico y el psicológico— al estético. En su primera grande obra, "La leyenda de los infantes de Lara", le vemos recorrer paso a paso, cuidadosamente, los llanos y las serranías de Castilla. Se mete en los pueblos; hace hablar a las gentes; recoge los residuos levísimos—residuos orales— que de las pasadas leyendas quedan. Y estos dos elementos, el psicológico y el territorial, tan desdeñados hoy por la crítica, han seguido siendo atendidos por el maestro.

En 1876 publica don Ignacio Bolívar sus "Apuntes acerca de la caza y conservación de los insectos". Comienza así esta monografía: "Al presentar las siguientes notas referentes a la manera de recolectar, conservar y disponer en colección los insectos..." Diríase que cuando recorremos estas páginas estamos leyendo, no un trabajo de entomología, sino un estudio de Menéndez Pidal. La innovación del maestro consiste en que se aplica a la estética, a la filología, al texto literario, el procedimiento de las ciencias naturales. Los hechos bastan. El avance que Menéndez



Ramón Menéndez Pidal

Pidal representa sobre Menéndez y Pelayo, el venerable antecesor, estriba en la desaparición del finalismo. Prestémosle o no nuestra adhesión, en Menéndez y Pelayo hay un propósito finalista. Sea todo lo fino, noble, delicado, patriótico que se quiera, el designio finalista existe en Menéndez y Pelayo. Su obra está infiltrada de apología. Menéndez y Pelayo posee un don maravilloso de elocuencia. Y esa elocuencia, o sea lo apologético, es precisamente lo que ciertos admiradores de Menéndez y Pelayo admiran en el maestro, y no lo substancial.

Los hechos bastan, repetimos. Nada de finalismo existe en Menéndez Pidal. El sentido apologético desaparece. Clara, fina y radiante tenemos ante nosotros la realidad. Y si la realidad es bella y consoladora, nosotros, con

nuestra sensibilidad sabremos llevarla a nuestro favor. Pero el maestro, impasible como un químico en su laboratorio, exacto como un químico, no dice nada. El procedimiento de Menéndez Pidal es el de la zoología o la botánica. Se estudia el hecho literario en su génesis, en su desenvolvimiento, en su plenitud y en su declinación. Ese procedimiento es el seguido en el estudio del español. Y es el que se emplea en el examen de la poesía juglaresca. Una obra tiene el maestro más accesible al profano que las demás: aquella en que se va siguiendo paso a paso una especie legendaria a lo largo de los siglos. Los tres volúmenes dedicados a la leyenda del rey Rodrigo no son otra cosa que el desarrollo de un minúsculo embrión. Lope de Vega, en el canto I de

su poema "La Almudena", habla de Rodrigo y de la pérdida general de España. Rodrigo es para el poeta

Blanco de tantas quejas inmortales,
último godo y infeliz testigo
del rayo de las iras celestiales.

Repare el lector en estas dos palabras: "quejas inmortales". Las quejas con relación a Rodrigo son imperecederas, no acaban nunca, van de siglo en siglo, son exhaladas por generaciones y generaciones. En esas dos palabras están embrionariamente condensados los tres volúmenes de Menéndez Pidal. El maestro toma la leyenda de Rodrigo desde su inicio y la sigue de autor en autor, de época en época. Nos muestra su expansión por la novela, el drama y la lírica. Pone ante nuestros ojos el brotar y el rebrotar de las inmortales quejas de siglo en siglo. Y de este modo, meticulosamente, con perfecta coherencia, nos va mostrando no sólo la forma de la queja inmortal, sino lo que ha sido la sensibilidad de las gentes con respecto a ese tema literario.

Leamos los dos volúmenes de las obras completas de don Ramón Menéndez Pidal que ahora elegantemente se publican. Preparémonos a ir siguiendo la publicación de los demás volúmenes. Leer a Menéndez Pidal es viajar por España. Ahora, con "La leyenda de los infantes de Lara", pasamos por muchos pueblos y parajes: La Bureba, Burgos, Batadillo del Mercado, Vilviestre, Salas de los Infantes, Lara de los Infantes. Con el otro volumen, titulado "Historia y epopeya", visitamos también otras tierras y ciudades de España, ya de Toledo, ya de Navarra. Cuando terminamos el viaje nos sentimos más compenetrados con este pedazo de tierra en que hemos nacido. No hemos necesitado para ello ni encarecimientos, ni loanzas superlativas, ni encomios. Nuestro sentir de España se acrece y se afina. Y lo que notamos comparando esta obra primera, "La leyenda de los infantes de Lara", con las subsiguientes, es en las subsiguientes una mayor sencillez, más sobriedad, más poder eliminatorio del detalle embarazoso. Velázquez no pintó del mismo modo sus primeros cuadros y los de su última manera, en que llega a una tenuidad insuperable. En esta feliz etapa de lo sobrio y lo justo se halla ahora el maestro. A ese grado de simplificación sólo llegan las grandes inteligencias.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO y NOTARIO

OFICINA: 50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Teléfono 4184

—:—

Apartado 338

La república de Nicaragua y el Sr. Joaquín Zavala

(Carta de Antonio Zambrana)

Envío de Félix Lizaso.—Habana y noviembre del 54

Un regalo sin duda ofrecemos a nuestros lectores en la hermosa carta del Sr. Antonio Zambrana, que al pie imprimimos, (en la cual), con motivo de la próxima visita a New York del eminente nicaragüense Sr. Joaquín Zavala, encomia, como es de justicia, las ejemplares virtudes cívicas que a Nicaragua distinguen, y la hacen admirable. Que los Estados Unidos, que nacieron de la virtud puritana y con las libertades inglesas la fortalecieron, sean tierra próspera y libre, no es de alabar tanto como que aquellos países que vinieron a la vida con la lanza de Alvarado clavada en el pecho, y el cilicio eclesiástico apretado en el cuerpo, hayan trocado la hipocresía e ignorancia coloniales en segura virtud republicana, del cuero de un cilicio hecho riendas para sus pasiones y de la lanza arado.

No sólo el problema de Nicaragua, sino uno de los más importantes de América, delinea con mano de maestro en su amplio y bruñido lenguaje el Sr. Antonio Zambrana.

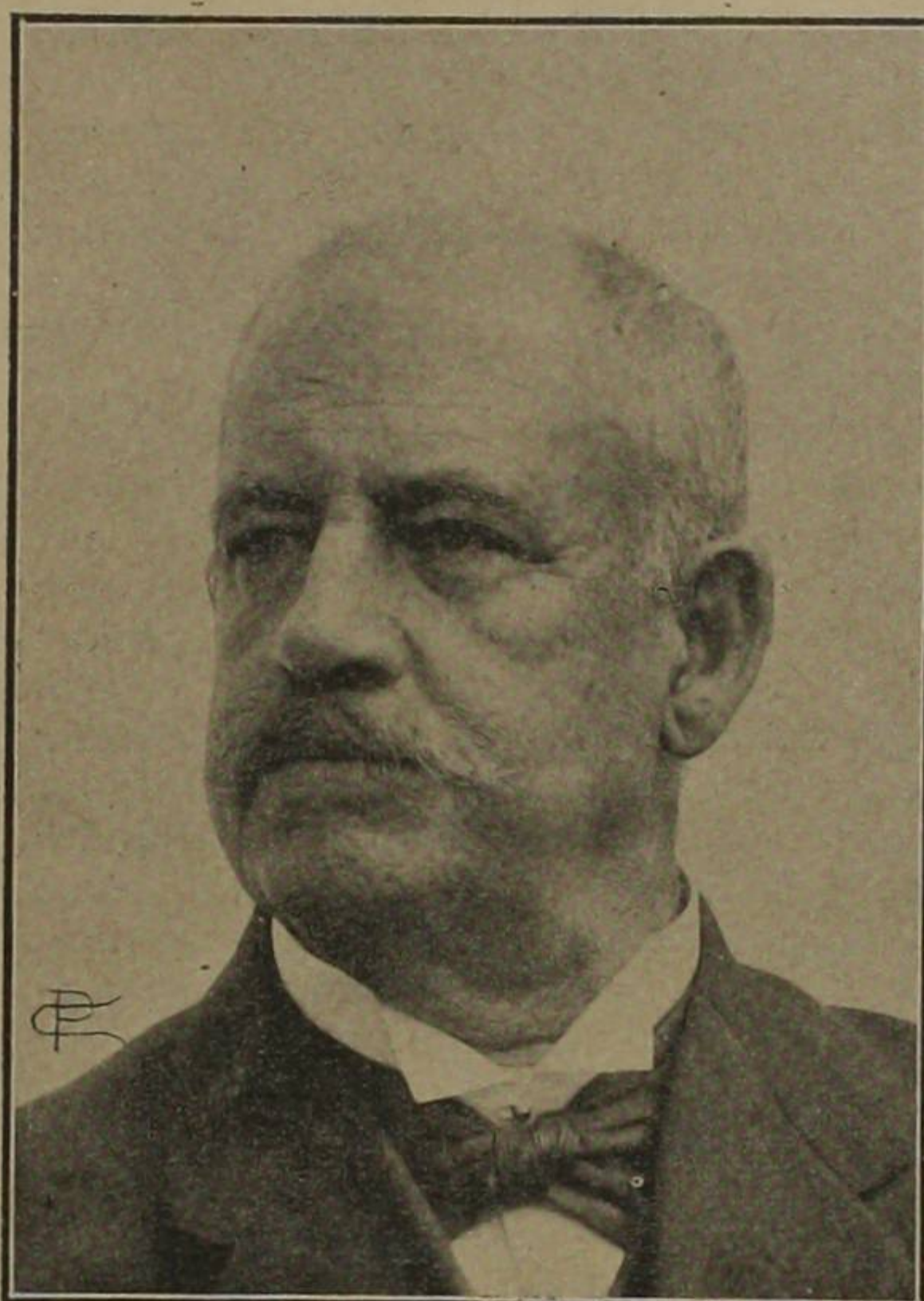
Así se ha servido escribirnos:

Sr. Don José Martí.

Mi distinguido amigo:

Cuando estas líneas se publiquen en "La América", cuento para ello con la bondad de Ud., se encontrará probablemente en los Estados Unidos encargado de una misión importante, el Sr. General Don Joaquín Zavala, ex-Presidente de la república de Nicaragua. El General Zavala ha prestado ilustres servicios a su tierra, y es ella un campo de observación muy interesante para los que siguen con simpatía reflexiva la marcha de los pueblos libres. Ud. comprenderá que yo quiera rendirle un sencillo homenaje, y que venga con ese objeto a las columnas de su periódico.

La república de Nicaragua es, en efecto, el bello hogar de un pueblo laborioso y honrado que acredita todos los días la competencia posible de nuestra raza para el gobierno y las instituciones de la libertad. El sosiego en que ha permanecido durante los últimos quince años nos bastaría, ciertamente, para demostrarlo. Lógrase en otras partes la tranquilidad de la superficie con dictaduras sofocantes, que ahogan la voz de las opuestas y vibrantes pasiones; pero que las mantienen palpitando en el fondo de la sociedad, prontas a reaparecer, en súbita explosión, y a repetir, con iras acumuladas, el combate que se interrumpió. Hay entonces una paz, hecha de miedo y de egoísmo, que es una enfermedad social. Lo que cautiva al contemplador desapasionado es el vigor sano con que las más extremas ideas políticas viven y hacen su propaganda en Nicaragua, sin que los excesos de apreciación y las intemperancias de lenguaje, a que una polémica ardiente siempre conducen, perturben el curso regular del mecanismo republicano. En medio de los ultra-liberales,



Antonio Zambrana

que se impacientan, y de los ultra-conservadores, que se espantan, la mayoría política del país procede con firmeza y con pausa a la transformación que aquella sociedad necesita, y ofrece a todos los grupos, para que digan sus credos y para que procuren conquistar el apoyo de la conciencia pública, una prensa y una tribuna que están fuera de la vigilancia de la policía, y de las amenazas de los cuarteles: se discute sin temer al gobierno, y se gobierna sin temer a la discusión.

Cupo al General Zavala la ardua tarea de regenerar en Nicaragua la educación pública abriendo el país a la enseñanza moderna, a las emancipadas ciencias nuevas, y modificando por ende, aun sin deshacer el Concordato, sino interpretándolo bien, aquellas relaciones entre la Iglesia y el Estado que se establecieron en la oscuridad, social y política de la Edad-media y que formando parte, esencial, por cierto, del régimen de las colonias españolas, tocaron por juro de heredad a nuestras democracias americanas.

El Catolicismo militante tiene en nuestros días programa que no es del pasado. Decir que está dentro de ese programa la condenación de todos los fueros y de todos los legítimos empleos del entendimiento es hacer uso de parcialidad notoria o de supina ignorancia en la materia: astrónomos eminentes, físicos insignes y naturalistas egregios figuran en las milicias del Catolicismo. Pero hay en algunos países de la América española, un Catolicismo de partido, una escuela pseudo política y pseudo religiosa, devota de ideales añejos y

conservadora desvelada de tradiciones pueriles, que embaraza cuanto le es dable la difusión de los conocimientos positivos, que se empeña en falsificar la Historia y que abriga la peregrina pretensión de que sobrevengan en los últimos días de esta luminosa centuria el gobierno misterioso y la ciencia artificial, con que en época funesta doctrinaron y manejaron a España sus conventos, en sustitución a nuestro sufragio en la calle y en las investigaciones sinceras e imparciales con que se escrutan hoy los arcanos de la vida. Existe, en natural contraste, un partido precipitado y ardoroso, que anhela la proclamación del materialismo oficial, que quiere hacer de la democracia una Iglesia de descreimiento intolerante y que mantiene la tesis, no menos absurda, de que la fuerza y los caudales de las católicas mayorías han de sostener y pagar una guerra abierta contra los hombres y las ideas del Catolicismo. Alejándose cuidadosamente de ambos polos trabajan los estadistas que, como el General Zavala, representan y dirigen la actual situación política de Nicaragua.

El hecho es que cierto fenómeno social muy importante ha tenido éxito así en Chile como en Nicaragua, y en Nicaragua sobre todo, el establecimiento de un patriciado, fruto de la selección social, que sin convertirse en oligarquía y sin oponerse a innovaciones saludables, sino por lo contrario, sabiéndolas llevar a cabo, ha hecho posible para ambos pueblos la democracia serena y circunspecta, que otros en vano apetece. En Guatemala, por ejemplo, antes de 1871, la clase dirigente estaba imbuida de pretensiones insensatas y se inspiraba en ideas de gobierno y en miedos al progreso dignos del inolvidable Calomarde, el singular ministro de Fernando VII. En Nicaragua, lo que pudiera llantarse aristocracia, y viene a serlo en el mejor sentido de la palabra, es una fuerza que equilibra, pero que no estaciona el movimiento nacional. El partido Conservador, que esa clase social allí, por lo general, ha constituido, tiene una retaguardia, como es lógico: hay en él, católicos de los que antes he pintado, y otros, que sin ser indoctos, ni enemigos a todo trance de la civilización moderna, temen para su país, acaso demasiado, un régimen de radicalismo tumultuoso y de impiedad opresora: pero marchan en las primeras filas del partido y a buen paso, sin duda, hombres de nuestro tiempo y de convicciones enérgicas que adelantan, con entereza varonil, la educación republicana de sus compatriotas.

Se dirá, quizás, que hago mucho caudal de la feliz solución de estos problemas en república tan escasamente poblada; respondo que la poca densidad de la población ha sido la primera des-

gracia de las que fueron colonias españolas; por eso, precisamente, es que unos cuantos ambiciosos puestos de acuerdo han podido tiranizarla, y que ciudades y villorios aislados en inmenso espacio, no han tenido entre sí la cohesión que forma las naciones y que alimenta el civismo, ni el trato íntimo y fraternal que una las voluntades y las inteligencias, produciendo esas corrientes de ideas y ese concurso de propósitos que guían y vigorizan la conciencia y la voluntad de los pueblos; y por eso, lánguida la industria, la guerra civil ha reclutado los brazos que no ocupaba el trabajo, y las codicias desprovistas de buen empleo se han entregado más de una vez a vergonzosas y criminales avideces. La población escasa y mal reunida de Nicaragua, lejos de aplicar sus virtudes republicanas, las aquilata a mis ojos, ni, ¿qué nos importa la grandeza material de las naciones, y sus numerosos rebaños de soldados y de siervos, a los que apreciamos en su valor la civilización democrática? Las contiendas religiosas que dividen la Suiza, la Bélgica y la Francia presentan el mismo carácter y las mismas dificultades en la pequeña república de que hablo, y, el caso bien pensado, debieran ser más graves y más difíciles en un pueblo de nuestra sangre

Convencido de esto, asistí con interés vivísimo a la última crisis política que ha atravesado Nicaragua. Concluía-se el período de mando del General Zavala y había surgido entre otras candidaturas a la Presidencia la del Dr. D. Adán Cárdenas, un hombre tan distinguido por su carácter bien templado, como por su inteligencia luminosa y su instrucción vasta; pero tachado de impío, más que por otra causa, por la sinceridad loable con que manifestaba ideas que los timoratos encubren. El partido Conservador se dividió en seguida; los medrosos y los prudentes fueron a reforzar el grupo que en el idioma político del país, por un motivo especial, se llama, gráficamente, "iglesiero" y que es inútil describir, y el General Zavala, seguido por conservadores conspicuos, aunque dejando atrás amigos queridísimos y mentores venerados, creyó llegado el momento de ir a mezclarse valientemente con los liberales, que sostenían entusiastas, como propia, la candidatura de Cárdenas.

Inútil es decirlo, no hubo siquiera la sombra de una intervención gubernativa: el Presidente usaba sólo de su voto, de su influencia y de su prestigio individual; pero la prensa ultra-conservadora llevó hasta la fiebra el ardor de la polémica, y el varón eminente que ocupaba la primera magistratura fué víctima un día y otro de destempladas cuanto injustas acusaciones. Alzóse entonces una verdadera tempestad de ideas, de insultos, de amenazas, de reproches, y sin soldados ni aparatos de guerra para guardar el orden, sin Corte de gárrulos aduladores que remedan con sus aplausos los de la opinión pública, no por eso hubo de vislumbrarse temblor nervioso en la mano firmísima que gobernaba el timón del Estado. La dis-

cusión, activa y libérrima junto a las urnas del sufragio, tuvo desenlace oportuno y pacífico en la expresión definitiva e incontrastable del voto nacional, y el Dr. Cárdenas, que había procedido con reserva digna en no anticipar promesas tranquilizadoras frente a las iras y a los anuncios terroríficos del fanatismo, una vez elegido, con inmenso triunfo, dijo a Nicaragua en un mensaje magistral "Conozco mis deberes como Presidente de una república en que los sentimientos religiosos se encuentran tan profundamente arraigados, y conozco el límite que la Constitución señala a la influencia de mis personales ideas". Y su conducta ha probado que los conoce.

Añada Ud. pueblo honrado y gobierno honrado; una estadística del crimen que marca poco numerosos y poco radicales desviaciones de la ley moral; las rentas públicas cobrándose y gastándose a la luz de un examen escrupuloso y bajo la inspección de una vigilancia que llega a ser impertinente; funcionarios que lejos de retirar medros los sacrifican al desempeño de sus cargos, que se oblan, verdaderamente, a la Curia, según la expresión romana; el único país sin deuda exterior, en toda la América española; el único Gobierno que ha hecho en ella, con economías de las rentas, sin emprestar un peso, y sin pedirlo a las fortunas privadas, el ferrocarril que la república necesitaba; sólo veinte mil pesos señalados en el presupuesto para gastos secretos de la Administración pública, y los presidentes teniendo a punto de honor el transmitirse los unos a los otros, íntegra o casi íntegra, la insignificante partida. ¿No es verdad que parece un sueño de filósofo, una tierra nueva en la famosa geografía fantástica de Tomás Moro y Cavet? Pues es la estricta realidad de las cosas.

Mucho pudiera decirse de aquel bellísimo escenario, ya se detenga la mirada en sus bosques aromosos de apretados, innúmeros y corpulentos árboles, ya en sus anchos lagos, cercados de floridas y misteriosas selvas o de soberbios montes, entre los cuales el al-

tivo Momotombo, el volcán que no se dejó bautizar, según cuenta Víctor Hugo, en "La Leyenda de los siglos". Mucho de aquella sociedad gratísima en que sorprende al huésped ver aliarse pureza y sencillez como patriarcales a cultura esquisita, o lo deslumbran y cautivan la blandura sedosa y chispeante gracia femenil, propias de los trópicos. Mucho de como se multiplican las escuelas y de como la biblioteca nacional es una admirable sala de estudio en que todas las obras maestras, antiguas y modernas, de la imaginación humana lucen junto a esos libros de ahora, de los Huxley, de los Darwin y de los Tyn-dall, que nos restituyen, en la ciencia de la naturaleza el "manuscrito original de Dios" por infantiles invenciones sustituido. Mucho de aquella literatura joven, pero emprendedora y animosa, que nos da sólo por tributo melodioso coro de poetas, como Darío, Salinas e Ibarra, sino que, con Ayón, estampa las investigaciones de la patria historia en elevado tono, y con el grave y hermoso estilo que les corresponde, que hace legítimo alarde de literato tan cumplido como Enrique Guzmán, a quien es muy difícil superar por el donaire, la corrección perfecta y la belleza artística con que escribe la lengua castellana, y de otro prosista como Modesto Barrios, que reúne en su frente los laureles de la tribuna y de la prensa, y que posee, para dicha de su patria, un talento tan flexible como vigoroso. Mucho de sus periodistas, de sus profesores, de sus patricios, de Fabio Carnevalini, José Dolores Gámez, Jesús Hernández, Pastor Valle, Genaro Lugo, José D. Rodríguez, José D. Espinosa, Miguel y Gerónimo Ramírez, los Chamorro, Navas, Aguilar, Elizondo, Solórzano, Sánchez, Sacasa, Selva, Cabezas y tantos otros cada uno de los cuales tiene derecho a la gratitud de los propios y el aplauso y a la estima de los extraños; del decano de sus letras, el veterano y profundo escritor Don Anselmo Rivas; del decano de su política, el senador experto y glorioso Don Pedro Joaquín Chamorro. Mucho, específicamente de la Administración del General Zavala y su

GRANJA SAN ISIDRO

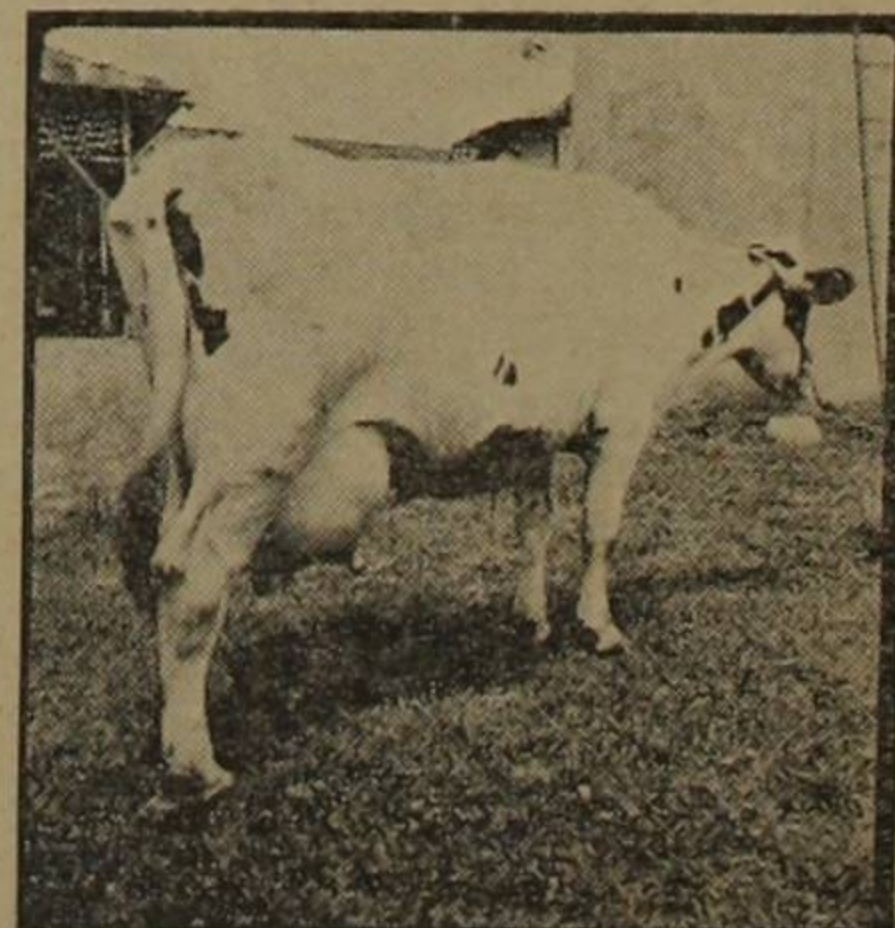
MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Toro importado de la CARNATION MILK FARM Co. Gran Campeón del Estado de Kentucky, hijo del campeón del mundo.

Hijos de este toro y de vacas de pura raza se venden, de 6 meses, a \$ 100.00. (U.S.A.).

No debe olvidarse que este ható está inmune a la fiebre de garrapatas.



SIR INKA MAY VALENTINE

obra de ferrocarril, que con el auxilio de los lagos y del Río San Juan enlaza, por cierto, el Atlántico con el Pacífico. Pero basta lo expuesto en este croquis rápido para responder a los observadores superficiales, que como retratos de la América española nos dan

invariablemente cuadros sombríos o caricaturas grotescas e insultantes.

A. Zambrana

New York, Julio 15 de 1884.

Publicado en «La América», revista que dirigió Martí en New York y en 1885-1884.

En mi tierra⁽¹⁾

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

— Colaboración. Buenos Aires, Rep. Argentina. Octubre del 34 —

Al regresar a la patria, después de larga ausencia, cada minuto ha sido para mí de pensamiento y de emoción. Yo sólo se de amores que hacen sufrir, y digo como el patriota: mi tierra no es para mí triunfo sino agonía y deber. Desde mi llegada no he hecho otra cosa que mirar, observar, estudiar con amor y con inquietud los signos que me revelen qué camino ha de seguir mi país en este momento crítico, uno de los decisivos de su historia, que desde la independencia apenas es otra cosa sino una sucesión de momentos críticos. Afortunadamente, ahora no está Santo Domingo aislado, como antes; ahora es eslabón de la cadena del mundo, y su porvenir se decidirá junto con la suerte de la civilización moderna.

Yo he alcanzado, en mi infancia, el período final de nuestro largo aislamiento de más de tres siglos. Después del esplendor fugaz que siguió a la conquista, el país entró en letargo y todo el siglo xix se consumió en esfuerzos para despertar. El Santo Domingo de hace cuarenta años no parecía un pueblo del siglo xix: era, en muchas cosas, un pueblo del siglo xviii, y en unas pocas, del siglo xvi. Hemos nacido, los hombres de mi generación, en una ciudad todavía amurallada: rasgo que es lástima se haya perdido, porque habría podido servir de testimonio vivo del pasado en medio de todas las novedades de hoy, junto con las sorprendentes naves ojivales, únicas en su estilo en todo el Nuevo Mundo, de nuestros templos del siglo xvi. Destruímos nuestras murallas en una época en que la ciudad construía sus casas nuevas exactamente sobre el patrón de las casas antiguas: las de 1890 repetían sin variaciones el modelo de las de 1750. Pero, dentro de aquella vida arcaica, la única manera que se nos ocurría de ser modernos estribaba en destruir cosas viejas olvidándonos de construir nuevas. El sentido real de la vida moderna, que va aliado con el sentido de la historia, nos faltaba: consecuencia del aislamiento.

Se vivía en Santo Domingo, a fines del siglo pasado, como en Europa al comenzar la era industrial. Ciudades pequeñas; la población, principalmente rural, viviendo de su agricultura rudimentaria; poquísimas industrias: conato único de industria grande, la del azúcar. Los signos de vida moderna eran, en su mayor parte, progresos que databan del siglo xviii o que en él se habían incubado: el tranvía de rieles, pero de tracción animal, el alumbrado

de petróleo, el pararrayos; aun el vapor y el telégrafo proceden de principios descubiertos en el siglo xviii, si bien desarrollados en sus aplicaciones durante el xix. Es en 1896 cuando llega la primera gran invención típica y exclusivamente "siglo xix": la luz eléctrica. A menos que recordáramos la introducción, poco anterior (1891), de los principios de Pasteur y sus derivaciones en la terapéutica y la higiene, pero eso llegó sin hacer ruido y su propagación fue gradual. Hacia el momento en que se inaugura la luz eléctrica, llega también, como cosa de exhibición excepcional, el primer fonógrafo. Poco después, el primer cinematógrafo.

Salí del país en los primeros días del siglo nuevo, en enero de 1901. Cuando regresé, a los diez años, había llegado el automóvil, reorganizador de la vida contemporánea y hasta el aeroplano. El siglo xx llegó tan a prisa como había llegado despacio el xix.

Hoy, en 1932, el país es una extraña combinación de formas modernas y de formas arcaicas. Santo Domingo ofrecía hasta ayer el arquetipo de una vida patriarcal que se organizó en las Antillas en el siglo xvi y que hace tiempo desapareció en Cuba y en Puerto Rico: en Cuba, sobre todo, que fué el primer país de la América española donde existió la gran organización industrial, con los caracteres peculiares que le daba el desarrollarse en el campo y apoyada en la esclavitud. Nuestra vida patriarcal tenía su origen en la tradición española: aun más, en la tradición del Mediterráneo, con el patriarca de familia numerosa, a la cual se sumaba muchas veces una masa indefinida de agregados, de **arrimados**, como dice nuestro pueblo, de **clientes**, como decían los romanos y todavía después la turbamulta de los sirvientes. El hombre importante debía ser entre nosotros fuente que manase para muchos: de su suerte en la política o en los negocios dependía la suerte de gentes que se habían acostumbrado a seguirlo, a vivir en su casa o a rondarla, sin prestarle en realidad servicios bien definidos.

La existencia se asentaba sobre escasa labor. Dos causas conspiraban contra la actividad productora, que habría dado independencia al individuo: el clima, que en las horas medias del día es enemigo del esfuerzo grande, y la tradición hidalga, que desdeña el trabajo

manual. Además, nuestra ignorancia en técnicas del trabajo era, según el viejo chiste, enciclopédica; España, pueblo rico en artes mayores y menores, dejó entre nosotros pocos de sus oficios, o el letargo de tres siglos los hizo perderse y olvidarse; del indígena, que no tuvo las habilidades maravillosas del mejicano y del andino (a pesar de su antiguo arte rupestre) tal vez no hemos heredado más que el conuco y el cazabe.

Nuestra vida era improductiva y ociosa; para quien no tuviera aspiraciones de cambio, era feliz. Aquel poeta de Puerto Plata lo decía ingenuamente, en versos que sólo valen como síntoma:

Yo soy feliz, porque moro
aquí, donde fué mi cuna...

La pobreza preocupaba a muy pocos: señal de vida arcaica. El suelo daba el sustento para todos, sin esfuerzo apenas, y, aunque en las ciudades no fuera todo fácil, los más se conformaban con la estrechez y hasta con la miseria. Muy pocos se daban cuenta de que tales modos estrechos e inactivos de vivir herían la salud, secaban el pozo de toda energía. Porque la vida frugal, si va unida a sanas actividades, puede dar fundamento a la grandeza de los pueblos: así lo fué para los griegos, que miraban la opulencia asiática de los Midas y los Cresos como signo curioso de culturas medio bárbaras. Pero entre nosotros se iba más allá de los límites de la frugalidad: se desnutría la raza.

Como en todo régimen económico rudimentario, de poca actividad, en nuestro antiguo sistema patriarcal se veía con frecuencia trabajar más al que menos podía producir. Así, a veces, cuando el jefe de la familia no participaba de los beneficios de la cosa pública, las únicas que trabajaban eran las mujeres: sostenían ellas la casa con sus labores escasamente retribuidas—la trinidad de la costura, la repostería y la escuela infantil—, conservaban el hogar, mientras el hombre proyectaba revoluciones, proyectaba destrucción. No es extraño que en versos de mujer se haya condensado, por primera vez, el anhelo de civilización de los mejores. Sanín Cano, el fuerte y libre escritor de Colombia, dice que es la mujer quien da sus rasgos característicos superiores a los pueblos de América. La mujer dominicana se mostró digna heredera de la mujer fuerte de Castilla: sobria, constante, abnegada, valerosa. Y "nombres del halago cortesano no admitió lo severo de su fama". Recuerdo que, en mi adolescencia, cuando hice el descubrimiento deslumbrante que hacía entonces todo muchacho lector, el descubrimiento de Ibsen, no me sorprendieron sus mujeres valerosas, como Elena de Alving. Toda mi infancia había oído hablar de mujeres semejantes. No voy a recordar los nombres que recoge nuestra historia; quiero recordar sólo dos que oí siempre en mi casa como ejemplares: Mercedes Deigado de Aybar y Manuela Peynado de Peynado.

Para los más, el único trastorno ve-

(1) Escrito en Santo Domingo en 1932.

nía de las revoluciones. Esta enfermedad, que vemos inevitable en pueblos de América llenos de problemas vastos, sobre territorios enormes, con regiones heterogéneas en clima, hábitos y cultura, entre nosotros resultaba en contradicción con nuestra vida patriarcal. Así lo percibía el poeta de la Puerta del Conde cuando decía, del primer tirano nuestro, que "inauguró el cadalso en medio a un pueblo cándido de hermanos". No la necesidad de revolver hondos problemas de creencias, de organización social, de régimen económico: la sola falta de educación política engendró entre nosotros las revoluciones. Y ellas trajeron, como sacudidas bruscas en aquella vida soñolienta, trágicas agonías, con largo cortejo de desgracias que todavía hemos padecido los hombres de mi tiempo. Entre la endemia del poco trabajar y las epidemias del pelear, el país vivía en peligro constante de regresión, de desorganización: apenas lo salvaban, abajo, la faena silenciosa de los buenos desconocidos; arriba, la tarea civilizadora de cortos grupos.

La tarea civilizadora no se realizaba, siempre fuera del gobierno, como creen los pesimistas: desde el gobierno, con intermitencias, se realizaba también. Pero todo gobierno, bueno o malo, vivía en la zozobra de la caída inminente. La dificultad de establecer coordinación normal entre la actividad política y la cultura intelectual de los escogidos venía de lejos: al nacer a la independencia, ni teníamos instrucción popular, innovación que para los pueblos latinos nace de la Revolución Francesa, ni teníamos educación política, que la España de los Austrias y los Borbones no acertó a darnos. El régimen colonial, aquí como en todo la América española, no había organizado pueblo: al desaparecer, dejó sólo masas amorfas, a cuya dirección se pusieron unos cuantos improvisadores. Hubo que inventar, buscando modelos fuera, la estructura política de la nación, la organización del pueblo. Y la América española da el curioso ejemplo de países donde la ley no brota de la realidad social sino que se impone desde afuera, desde arriba, y se presenta como ideal penosamente cumplido, gradualmente conquistado. Problema, pues, de nuestra vida pública, problema común a toda nuestra América, el de llenar el foso que separa, de la torre de la cultura, el campo de la actividad política: que el gobierno asiente su estabilidad sobre la cultura de las masas; que la cultura ejerza función vital, fuera de la ebúrnea torre de sus vetustos privilegios.

De todos modos, no ha sido infructuoso el esfuerzo de los que entre nosotros forjaron, crearon lentamente el ideal de patria, proceso que va de 1821 a 1873: nuestra conciencia de nación, nuestra conciencia de pueblo hispánico, ha persistido; ella nos salvó en la crisis trágica de 1916 a 1922: hemos renacido, gracias a la resistencia moral opuesta a la invasión dentro del país y gracias a la campaña del exterior, en que nuestra arma principal ha sido el idioma español.

En medio de tantas inercias regresivas, la vida intelectual, quién sabe por qué misteriosa energía, se conservaba, con cuidadoso traspaso de antorchas. Y es que, dentro de la existencia anormal de los tiempos coloniales, las antiguas universidades de Santo Domingo, que hoy son para nosotros meros fantasmas mudos, debieron de constituir tradiciones de formidable persistencia. En esta colonia, orgullosa, pero pobre, aislada, olvidada de la metrópoli, la ciudad de Santo Domingo poseyó dos universidades, refugio y consuelo para los espíritus mejores, a quienes tantas cosas les estaban prohibidas. A pesar de todos los arcaísmos de aquellas instituciones, a pesar de su física aristotélica y su astronomía tolemaica y su medicina de Avicena, entre su sombra se formaban mentes claras. Luces escondidas bajo el celemín, salieron a brillar cuando los trastornos de la primera mitad del siglo XIX los echaron fuera de su tierra: de 1801 a 1850 circula por las dos Américas imprevista multitud de dominicanos eminentes; su irrupción en Cuba hace elevar de súbito el nivel de la cultura en la Grande Antilla, adonde llevan desde el primer piano hasta las mejores bibliotecas: Villaurrutia establece el primer diario de Méjico, Pichardo redacta el primer diccionario de regionalismos del Nuevo Mundo... Hasta uno de los grandes pintores franceses del siglo XIX, Théodore Chassériau, nace en Santo Domingo bajo el gobierno español. El dominicano florece mejor en tierra ajena que en la propia.

Entre quienes permanecieron en el país, la luz se amortiguaba pero no se extinguía. El hilo de una herencia señorial se percibe en la cultura humanística que alcanzan todavía los Angulo Guridi, Félix María Del Monte, Nicolás Ureña y su hija Salomé, Espaillet, Peña y Reinoso, Meriño, Galván, José Joaquín Pérez, Los Tejera, César Nicolás Penson, los Deligne. Cuando Hostos llegó a Santo Domingo, fácil le fué encontrar colaboradores: la sociedad de "Amigos del País", de donde salieron los principales, perpetuaba hasta en el nombre los ideales civilizadores del siglo XVIII. Después, aquella tradición se ha roto, para dolor de los que nos sentimos ligados a ella, de los que en verdad procedemos de ella. ¿Por qué se ha roto? Tanto no sé. Hay en toda la América nuestra poco sentido de la tradición: la abandonamos sin motivo, sin criterio, como destruimos las murallas de Santo Domingo. Después surgen cosas nuevas: fuera de la ciudad colonial se desarrollaron los nuevos barrios; pero la muralla no les estorbaba, y pu-

do haber subsistido junto a ellos. Así, después de que la incuria deshizo la tradición de nuestra cultura humanística, se multiplicaron las escuelas, se difundieron novedades: todas las adquisiciones habrían podido vivir en consorcio feliz con la herencia noble. Ahora, afortunadamente, nuestras sociedades de cultura buscan el hilo que ate el pasado con el porvenir. Por eso, ha sido para mí gran aliento cordial oír en nuestras salas de conferencias al mejor representante de nuestras tradiciones castizas, Américo Lugo, en quien los dioses infundieron el don de la palabra perfecta, y tras él, cargado de las mejores adquisiciones de nuestra juventud, a Luis Heriberto Valdés.

Aquella cultura de tipo tradicional fué, a veces contra la voluntad de quienes la poseyeron, cultura de privilegio. Girábamos en círculo vicioso: el país estaba pobre porque estaba inculto, porque carecía de escuelas, y carecía de escuelas porque estaba pobre. El movimiento hacia la educación popular se inicia con Hostos, que acude al único medio posible dentro de nuestra estrechez: hacer maestros, que ellos harían escuelas. Y así sucedió. Pero veinte años después, cuando regresa Hostos, después de nuestra aguda crisis de 1899, ya no sólo quiere hacer maestros: quiere escuelas, muchas escuelas. Y un día va a exigir al Dr. Henríquez, su antiguo discípulo y colaborador, ministro entonces en el gobierno de Jimenes, la multiplicación de los panes y los peces, la multiplicación de la escuela, como único medio de salvación para el país. ¡Civilización o muerte! El Dr. Henríquez desmenuza ante sus ojos el presupuesto nacional y le demuestra que el gobierno a duras penas vive. Hostos acababa de regresar de las zonas laboriosas de la América austral y en parte se le había olvidado a qué punto puede llegar la pobreza en estas tierras exuberantes. Al convencerse de la verdad, se queda abrumado: "¡Es la impotencia!" Pero la fe en la escuela, aunque haya nacido de la reverencia que inspiraban los antiguos doctores universitarios, es fe arraigada en nuestro pueblo: Hostos no alcanzó a verlas, pero las escuelas se multiplicaron al fin.

Ahora, en 1932, Santo Domingo está en vías reales de organización, de renovación gradual: proceso que reclama la atención y la colaboración de todos los dominicanos. Nuestro aislamiento ha cesado: se advierten sus huellas todavía en las cosas del espíritu, pero nuestra vida política y económica está definitivamente unida a la de toda la Tierra, donde no volverán a existir pue-

LA COLOMBIANA
SASTRERIA DE
F. A. GOMEZ

Le ofrece Vestidos de Casimir de primera clase

¢ 1.25 ¢ 2.50 ¢ 10.00

ABONOS SEMANALES o MENSUALES

y al contado — Precio y trabajo que no admiten competencia. Acabamos de recibir un surtido de casimires en estilos modernos. Atendido por su propietario que es lo más competente en el ramo.

Teléfono 3283 - Frente al Siglo Nuevo

Cuentos nuevos

Por ROMULO TOVAR

— Colaboración.—Costa Rica y noviembre del 34.—

EL FATUM

blos aislados, a menos que la civilización actual se deshaga, víctima de sus propios errores. De nuestra vida patriarcal queda poco, aunque el país sigue siendo principalmente rural. Las casas se reducen; las familias se acortan. El individuo principia a conocer la independencia, que antes estaba constreñida dentro de la espesa red de los intereses y los prejuicios de familia. Cada quien empieza a bastarse a sí mismo. La ley del nuevo siglo descarga sobre nosotros su peso inexorable: que nadie pueda eximirse de trabajar; que cada quien asuma la responsabilidad de su propia vida; que cada quien, hombre o mujer, cumpla todos sus deberes y justifique todos sus derechos.

La ley del trabajo va extendiéndose. Si todavía hay quienes la eluden, se acerca el día en que nadie podrá eludirla. Y el dominicano ganaría espiritual y materialmente mucho si aceptara la ley con alegría, con ánimo fuerte, comprendiendo el bien que le traerá, en vez de acatarla con disgusto, haciendo poco felices sus resultados.

En nuestra época patriarcal no solamente se ignoraban técnicas del trabajo: las que poseíamos eran en general arcaicas, desde la coa del labrador indígena hasta el razonamiento silogístico del catedrático. No niego su eficacia: la conservan hasta ahora; pero limitada. En 1932, nuestros métodos de trabajo abarcan toda la escala, desde los más antiguos hasta los más modernos. Pero estamos sólo aprendiendo a deletrear el alfabeto de la modernidad. Al país le urge extender, generalizar las mejores técnicas, los métodos más productivos: problema central para nosotros.

El país afronta problemas diversos, y todos reclaman soluciones. Son esenciales el de la población, el de la educación, el de la riqueza. El trabajo se halla en la encrucijada de todos. Así, el objetivo principal de la educación, entre nosotros, ha de ser durante mucho tiempo darnos capacidad para realizar, en todo orden, mental o manual, mejor trabajo que el que hoy sabemos hacer. Salvo cortas excepciones, los fines desinteresados de la alta cultura estamos obligados a posponerlos, a dejarlos para cuando la holgura de la riqueza nacional les abra campo. Y el desarrollo de la riqueza, para el bienestar de todos, sólo se alcanzará a través del trabajo eficaz.

De poco servirá que trabajemos todos, si trabajamos mal: eso nos mantendrá en baja situación, nos hará esclavos; sólo el trabajo perfecto nos libertará. El sentido del trabajo perfecto, en los más humildes menesteres materiales como en las más altas obras del espíritu, es el signo de las grandes civilizaciones creadoras, del Egipto faraónico y de la Grecia clásica, de la China y del Méjico antiguos, de la Europa medieval y moderna.

Nicolás no es buen amigo de Alejandro Ramírez. Más bien está en el complot. Alejandro va a morir mañana irremediablemente. Es el tercero o el cuarto de los que deben morir. Se ha desarrollado en el pueblo una malsana inteligencia para el crimen. El plan es así: Alejandro, entre siete y ocho va siempre a revisar o a echarle una ispiada al corte de caña. Entre su casa y el cañal hay un recodo en el camino. Hacia al otro lado hay un matorral. Desde aquí se puede disparar a un hombre con cierta seguridad. Así pues, cuando Alejandro pase para su cañalillo, pum, le meterán un tiro entre pecho y espalda y lo dejarán tendido sobre el cálido suelo del camino. ¿Quién dará estos consejos en el pueblo? Dicen qu'el abogado. El abogado es muy listo, siempre saca libre a los indiciados y cuando la cosa apura, entonces los indiciados se fugan de la cárcel y se van a Nicaragua por San Carlos o a Chiriquí por Buenos Aires. Nicolás está en el plan. ¿Y por qué lo habrán enterado?

Un día antes los dos hombres se encuentran en la ciudad, Nicolás y Alejandro. Aquél, cuando ve a éste, se sonríe por dentro y se dice: "mañana a estas horas ya no estarás en este mundo". Son como las dos de la tarde. Y se le desarrolla a Nicolás una alegría salvaje, también por dentro. Le retoza

de manera que no puede reprimirla. Alejandro tiene muy buena salud, es alto, fuerte, blanco. La sangre casi le salta a la cara. Tiene mucha sangre. Nicolás hace sus apreciaciones íntimas: "se vaciará com'un barril". Nicolás oye en la imaginación el tiro certero; ve caer a Alejandro y ve el "chorro" de sangre que se mezcla con la tierra ardiente.

Alejandro va viniendo, como de por el mercado, hacia donde está Nicolás. Y éste lo ve como al descuido y goza, goza como cuando se sienta a la mesa de su casa frente a un buen plato de frijoles y un rímero de tortillas. Como es filósofo primitivo debe decirse a sí mismo: "lo que es la vida. Estiombre que está todo derecho delante de yo, se lo va a llevar la trampa mañana. Lo van a tumbar com'un vástago de plátano".

Hombre, ¿y si se lo dijera? Nicolás piensa en esto sin darse cuenta. Es como una insinuación subconsciente. El lugar en donde está Nicolás es una esquina, cerca del parque. A las cien varas se ve el templo, con su ancha puerta central abierta. ¿No ha dicho el evangelio: "ancha es la puerta"? Nicolás, que ha debido ver el templo por entre los árboles del parque, se ha debido sentir presa de momentáneo escrúpulo:

—Sería mejor decírselo — piensa él. Y luego: no, mejor no decírselo. "De repente menjarano por idiota". Nada le dirá.

Al pasar Alejandro, lo saluda Nicolás como si se sintiera forzado a ello, y urgido por los extraños y complicados impulsos que lo devoran, le dice a Alejandro:

—¿Trajo dulce?

Alejandro se sorprende. Cree que aquella voz tiene como un eco de abismo. Le impresiona mal. ¿Por qué le habla este hombre si no es todo su amigo?

Se tienden las manos. No hay calor de amistad en estas manos que se aprietan mutuamente. Son dos manos que se juntan con temor. ¿Y las que quedan libres? Los dos hombres se miran, pero las miradas tienden a huir. Nicolás ha tomado una decisión: va a disimular la cosa. La cantina está a vuelta de brazo. Van entrando indiferentemente. El cantinero es muy acucioso:

—¿Qué les sirvo?— y comienza una sinfonía de copas y botellas. Se ponen parleros los dos hombres. Nicolás habla de la amistad y de la confianza que se tienen. Dice, dirigiéndose al cantinero:

—A éste le consta que yo soy un hombre completo.

Y Alejandro observa más bien animado por el licor que por la razón:

—Sí, cuando él es amigo es amigo. Pero las palabras más bien se resbalan de los labios de los dos hombres.

INDICE:



ENTERESE Y ESCOJA

Charles Yale Harrison: <i>Los generales mueren en la cama</i>	3.50
H. G. Wells: <i>La diciadura de Mr. Parham</i>	4.25
Wells: <i>El alimento de los dioses</i>	4.00
Thornton Wilden: <i>El puente de San Luis Rey</i> . Novela.....	3.50
Valentín Andrés Alvarez: <i>Tarari</i>	2.00
Miguel Angel Asturias: <i>Rayito de estrella</i>	0.50
Benjamín Jarnés: <i>Viviana y Merlin</i>	3.00
Benjamín Jarnés: <i>Escenas junto la muerte</i> . (Novela).....	3.50
Jovellanos: <i>Obras selectas</i>	2.00
Vicente Huidobro: <i>Poemas árticos</i>	2.00
Vicente Huidobro: <i>Adán</i>	2.00
Vicente Huidobro: <i>Altazor</i> . Poema.....	2.75
Pablo Palacio: <i>Vida del ahorcado</i>	2.00
Alberto Guillén: <i>Deucalión</i>	2.00
Fray Juan de los Angeles: <i>Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma</i>	2.00
Alfonso Arinos: <i>Cuentos de tierra adentro</i>	1.75
Francisco Ayala: <i>Cazador en el alba</i> . Novela.....	3.00
Francisco Ayala: <i>Indagación del cinema</i>	3.00
Marta Brunet: <i>Reloj de sol</i> .—Alba—mediodía—ocaso.....	4.00
Pío Baroja: <i>Las horas solitarias</i>	3.50
Pío Baroja: <i>El árbol de la ciencia</i> . Novela.....	3.25
E. Pavletich: <i>El mensaje de México</i>	3.00
O. Humberto Donoso: <i>Programa de Derecho Civil</i>	5.00
..... <i>medicación herbaria</i> . (La botica en el jardín).....	3.00

Solicítese al Admor. del Rep. Am.

EN BUENOS AIRES, Rep. Argentina, pue de Ud. solicitar el *Repertorio Americano*, a la EDITORIAL PAN AMERICANA. (Bolívar, 375).

El cantinero cree oportuno alternar, porque le conviene:

—¡Hay que ser hombres, chicos!— Y siguen sonando las pesetas y los cuartos. Suenan las copas y los vasos; suenan las botellas; suena el agua del tubo.

Después se separan. Alejandro se va solo. En esto, Nicolás sigue siendo prudente. A él no le conviene que lo vean entrar al pueblo con su vecino. ¿Y lo que pasará mañana? Se va quedando en la ciudad.

El vienteillo del camino le ha hecho bien a Alejandro. Cuando llega a la casa ya va fresco. Y la cabeza le vuelve a caminar normalmente. Lleva sus dudas. Y como siempre es su mujer quien le ayuda a pensar los negocios, le dice:

—Hoy he estado con Nicolás Brenes.

La mujer, que tiene un gallo en los brazos, casi lo deja caer y le dice a Alejandro alarmadísima:

—¿Tíaablado Nicolás Brenes?

—Imos estado juntos en la ciudad y yemos bebido.

La mujer nada dice. Alejandro lo comprende todo. En la cocina el fuego tiene algo de raro. Sus llamas son verdes y amarillas. No debe ser por la leña, piensa ella. Después se acuesta con su marido.

En la madrugada hay revuelo.

—¿Qui habrá pasado?—pregunta Magdalena a Alejandro.

—Cualquier cosa; de seguro qui un auto a estripado una ternera.

Pero sigue la bulla. Alejandro tiene que levantarse. Está bonita la madu-

gada. El cielo tiene una fiesta de estrellas; es agradable el frío del vienteito.

—¿Qué jué?—pregunta Alejandro a un vecino.

—Qui un chunche debe haber matao a Nicolás Brenes.

—¡No diga! ¿Lo atropelló deveras?

Alejandro siente algo misterioso en su pequeña inteligencia. ¿Nicolás Brenes? ¿Pues ayer en la tarde no estuvo con él bebiendo en la cantina del español Martínez? Quisiera decirlo. No, mejor no decirlo. ¿Si se da el taco de haber estado con el muerto en los últimos momentos de su alegre vida? Tal vez otros estuvieron con el muerto después de él.

—¿Ves?—le dice Alejandro a su mujer—. Como qui un camión mató a Nicolás anoche. Siguió bebiendo y se vino de noche.

No tiene por qué ser un camión el que haya atropellado a Nicolás, pero la idea se le ocurre fácilmente a Alejandro. Un golpe de camión es muerte segura. Temprano de la mañana la mujer de Alejandro se fué a la iglesia a rezar. Quién sabe qué rezó.

Lo del crimen no se hizo. Por algo sería. Alejandro no era capaz de haber descubierto en el alma de Nicolás lo que se agitaba en el alma sombría de éste. Pero de haberlo podido hacer, le habría dicho a su mujer ahora:

—Enainas me lleva la trampa.

Hasta la casa llegaba ya el olor de la miel hirviendo del trapiche de Alejandro. Mugen como lejanamente las vacas.

basta todo lo que se ha comido. Cuando se jué, todos los muchachos estaban chiquillos. Mi ha costado formarlos. Pero, en fin... Hasta la casilla que habíamos comprado juntos, vendió, porque estaba a su nombre. Se la vendió a mi compadre Juvenal. Se me puso la cosa. Un día llegó Juvenal como a velos y yo que estaba en autos, le dije:

—No le vaya a comprar la casilla a Juvenal; usted sabe ques de los dos.

—No, comadre, no tenga miedo, me dijo Juvenal. Yo no vengo a ver la casilla sino la yunta de terneros.

Pero lo que se me puso salió. No venía a ver la yunta sino la casilla y la compró. Luego sigue diciendo como si estuviera dando una declaración en la alcaldía: "Como el potrillo y el cafetalillo están hipotecados al Banco, no ha podido venderlos. Un día vino a insultarme y me dijo: si yo tuviera plata, pagaba la hipoteca y los echaba a todos a la calle. ¿Ve usted que hombre tan malo? Vale a que los muchachos ganen todos y se han hecho cargo de lo del Banco."

Elodia está feroz. Los ojos le brillan, y como tiene una nariz puntiaguda, más se le perfila. El rictus de la boca la acusa. Dice:

—Hizo más, todavía, me trajo un día a Ramón que se había llevado.

Era el hijo menor. Miguel, cuando abandonó la casa se lo llevó o porque le tenía cariño o por cualquier otra razón. Sabía que la madre chocheaba por el muchachillo. Así le daba disgusto. Sin embargo, lo devolvió porque no quería sustentarlo más.

—No importa—dijo ella—los hermanos ganan.

—Pero vea, continúa, está pagando todas sus maldades. Está como parálitico y hace tres meses que no se levanta de la cama. La mujer que tiene no se ocupa casi de él. Y eso que tiene con ella tres chiquillos. Como tiene que trabajar para ver a los hijos, lo deja solo con las dos chiquillas. El otro como que lo tiene sirviendo. Matilde lo va a ver casi todos los días y le lleva un poquillo de leche, que es l'único que toma.

—¿Y qué le dice?—pregunta la otra curiosa.

—Nada...

No tuvo tiempo Miguel de dejar sin casa a la pobre Elodia. Se murió, tal es el fin inevitable de los buenos y los malos, de los buenos y de los malos maridos. Elodia se puso luto y no le caía. Se veía muy avejentada. Le resaltaba más la flacura y se dijera que estaba enferma o que estaba enfermándose. Le decía a las amigas: "lo llevo por el qué dirán, pero Dios sabe que no lo quería".

Se pasa, cuando está sola, sentada en el banquillo de la cocina. Muy afligida. Matilde le dice:

—Oh, mama, ¿ve cómo quería a tata?

—No seas repunosa,—le contesta ella en un gesto que la descubre.

Se fué enfermado como una vaca vieja. Cada día era peor la cosa. Se trajo el médico y nada le hizo. La llevaron a Cartago para cumplir una pro-

LA NOVELA DE ELODIA

—¡No he visto un hombre tan malo como éste!—dice Elodia hablando de su marido. La otra es una viejilla de Escasú. Van las dos en el tranvía pa la suidá. Elodia es lavandera y lleva un "motete" de ropa muy blanca. Es la ropa de las González, dice con cierto orgullo campesino. Ahora no se acuerda de lo que decía el tata: "no te casés con ese manganzón: no sirve ni pa coger café". Pero en su tiempo, Miguel era buen mozo; cantaba las coplas populares; cantaba el fado fadiño y ejecutaba en la guitarra algunos acordes elementales. Como trabajador no servía ciertamente para nada. Gustaba más del billar que de la pala. "Debe haber nacido pa rico", observaba la abuela. Elodia se vino, como todas las muchachas campesinas para San José, después de la "cogida". Y en San José terminó su idilio con Miguel. Se casaron y ya casados volvieron al distrito. Eran de Pavas. Lograron que les dieran una casilla en la hacienda. Más tarde se murió la mama y heredaron un potrero también con casa. Vino una carretada de hijos. Seis, pero quedaron solamente cinco, porque uno se murió de alferecía.

El tranvía va traqueteando. Parece una armazón de hierro viejo. Los pasajeros temen que se desarme. Cuando se para lo hace tan mal, que los pasajeros casi caen encima unos de los otros.

La campana suena como desesperada. Entretanto, Elodia sigue diciendo su tragedia a la vecina de Escasú. Eran del mismo tiempo. Eran "íntimas". Las dos se casaron. Le fué mejor a la de Escasú. A los pocos meses se le murió el viejo de un pasmo.

Dice Elodia:

—Quiere dejarnos en la calle. No le

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Belyk y Pantelev: <i>Schkid, la república de los vagabundos</i>	3.50
Pío Baroja: <i>Las horas solitarias</i>	3.50
Luis Jiménez de Asúa: <i>Al servicio de la nueva generación</i>	3.50
Jorge Isaacs: <i>María</i>	2.50
Gibrán Jalil Gibrán: <i>El Profeta</i>	3.50
Rafael Maluenda: <i>La cantinera de las trenzas rubias</i>	3.00
J' Miquelarena: <i>...pero ellos no tienen bananas</i>	2.25
Mauricio Bacarisse: <i>Los terribles amores de Agliberto y Zeledonia</i> . (Novela).....	3.50
Pío Baroja: <i>El mayorazgo de Labraz</i> . (Novela).....	3.50
Pío Baroja: <i>Los confidentes audaces</i> . (Novela).....	3.50
Pío Baroja: <i>El aprendiz de conspirador</i> . (Novela).....	3.50
Pío Baroja: <i>La familia de Errotacho</i> . (Novela).....	3.50

Solicítelos al Admor. del Rep. Am

mesa a la Virgen de los Angeles y vino peor. Ya hablaba ella misma de la muerte con esa rara resignación de nuestras gentes.

—¿Paqué gastar plata en medecinas? —se decía ella hablando con los hijos o con los parientes.

El día que se murió estaba como muy tranquila. Le preguntó a una hija:

—Vino Miguel, ¿verdad?

—¿Por qué mama?... él no puede venir,—repuso la hija que no creía que se le pudiera morir la madre.

LA DIGNIDAD DE PEDRO MATAMOROS

Pedro Matamoros regresaba a su casa viniendo de Heredia, muy contento; tal vez un poquillo más contento que de costumbre. Llevaba en las alforjas de cuero o árquenas la escritura de la ladera que le había comprado a su comadre Elisa Fuentes. Al verlo le preguntó la esposa, una muchacha bonita y fresca:

—¿Le dieron la escritura?

Ya había hecho como diez viajes por la tal escritura. El notario siempre le salía con alguna excusa. Le echaba la culpa a la Tributación o al Registro. Era pereza del notario. Ya había cobrado.

—Si no fuera porque sé que un muchacho cabal, me temería que estuviera vendido a ese viejo...—observaba Matamoros.

La escritura decía: "y la primera le vende al segundo, por tres mil colones, ya pagados y libre de gravámenes la finca del Registro público, Partido de Heredia que linda:... al oeste con propiedad de Juan Ortiz." Por esto le había comprado la finca a Elisa Fuentes; por este lindero. El negocio no era malo porque con esta ladera completaba su potrero y así tenía una mejor llegada al río. Pero también a Juan Ortiz le interesaba la laderita porque le evitaba un mal puente. Ya se le había hundido un camión allí. El llamado viejo estuvo molestando mucho a Elisa Fuentes por medio de sus mandadores y agentes y la mujer, viuda, no quería vender la laderita. El viejo la amenazó con hacer remedir las fincas. Y a la pobre mujer le entró miedo.

—Pedro—le dijo a éste una tarde en el corredor de la casa de Pedro—, cómpreme la laderita. De repente me la quita el viejo. Déjesela usted; además le conviene.

—Carambas—dijo Pedro por decir algo; después de todo, la viuda estaba joven todavía y era prima de su esposa. —Si es que ora no tengo plata.

—Pues me la paga cuando pueda. Le advertió la mujer.

A los pocos días se fueron a Heredia e hicieron la escritura. El notario estaba al tanto de la cosa, porque era abogado de Elisa también:

—¿Y qué va a hacer usted con don Juan?—preguntó el notario a Pedro.

—Ay veremos — repuso Pedro sonriendo—. Tal vez me ultraja, ¿verdad?

Pero el notario conocía a Pedro Matamoros. Ya lo había defendido en una

—Sí hija... vino ya por mí.

La muchacha salió del cuartito asustada. Le dijo a Matilde, la mayor:

—¡Mama está como disvariando!...

Cuando la pobre vieja dió el último suspiro, sus palabras finales fueron:

—Miguel, Miguel...

Se hizo la sucesión. Se repartió la finquilla en derechos. Todos los compró el compadre. Las muchachas se dispersaron. El menorcillo se lo llevó Matilde.

causa. La parte contraria salió con una mano menos, pero los jueces dijeron que el reo obró por provocación.

Don Juan iba a caballo casi todas las mañanas a la finca. Tenía que pasar frente a la casa de Pedro. Cuando supo que éste había comprado la ladera de la viuda Fuentes, intentó tratar a Matamoros por las buenas. Le decía adiós. Alguna vez paró el caballo para preguntar algo. Pero Pedro le daba las malas. El negocio no avanzaba:

—Ni vendo ni compro—decía Pedro a los agentes de Ortiz.

Por último, don Juan le mandó una tarde a Matamoros un propio. Era el mandador de la finca suya:

—Vendele, Pedro—le dijo.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

México: <i>Plan Sexenal del P.N. R.</i>	2.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas.</i>	2.00
Genaro Estrada: <i>Senderillos a ras.</i> Pasta.	2.50
Fernando González: <i>El hermafrodita dormido</i>	3.50
J. Pijoán: <i>Mi don Francisco Giner (1906-1910)</i>	2.25
Claudia Lars: <i>Estrellas en el pozo</i>	2.00
Porfirio Barba-Jacob: <i>Rosas negras</i>	3.00
Carlos Urquieta Santander: <i>Diccionario de medicación herbaria.</i> (La botica en el jardín).....	3.00
María Alicia Domínguez: <i>Las alas de metal</i> (Poemas).....	3.50
E. Pavletich: <i>El mensaje de México</i>	2.00
O. Humberto Donoso N.: <i>Programa de Derecho Civil</i>	5.00
Rabindranath Tagore: <i>El sentido de la vida. (Sadhana)</i>	4.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	5.00
Marta Brunet: <i>Reloj de sol: Alba. Mediodía. Ocaso</i>	4.00
Gertrudis Gómez de Avellaneda: <i>Sab.</i> (Novela original).....	4.00
J. E. Rodó: <i>Epistolario</i>	2.25
Carlos H. Pareja: <i>Las obligaciones en derecho civil colombiano</i>	3.00
Hermann Hesse: <i>El lobo estepario</i>	4.00
Roberto F. Giusti: <i>Enrique Federico Amiel en su Diario íntimo</i>	3.00
Luis Franco: <i>Los trabajos y los días</i> ..	4.00
Ralph Waldo Emerson: <i>Diez nuevos ensayos</i>	4.25
Hermann Kesten: <i>José busca la libertad.</i>	3.50
Henri Barbuse: <i>Elevación</i>	3.50
Camila Henríquez Ureña: <i>Las ideas pedagógicas de Hostos</i>	2.00
Enrique Gay-Galbo: <i>La América indefensa</i>	2.50
Manuel G. Prada: <i>Trozos de vida</i> (Verso)	3.00
Fabio Fiallo: <i>Cuentos frágiles</i>	3.00
Ralph Waldo Emerson: <i>Doce ensayos</i> ...	4.50
Leonidas Leonov: <i>Edificaciones</i>	3.50

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

—Ah, no me vengás ahora con vainas. No quiero venderle, ya él lo sabe.

—No te expongas, Pedro. Vos sabés lo que vale el dinero. Si te demandan vos perdés el pleito.

—Ah, ¿conque lembajada que me tres es una demanda?—dijo Pedro colérico ya.

—Pues decile a ese viejo del diablo que me eche la demanda...

No dijo más, ni quiso decir más.

A la mañana siguiente pasó don Juan Ortiz en su caballo melado. Dijo adiós a la mujer de Pedro que estaba en el patio. Pedro estaba cerca, en el cuarto de trebejos y oyó la voz de Ortiz. Cuando salió al corredor ya el otro iba adelante. Sin decirle nada a la mujer, se lanzó por el cafetal. Ni tuvo tiempo la mujer de decirle algo. Se quedó como pasmada.

Pedro atravesó el cafetal, atravesó el cañal, salió a la laderita; y salió al camino. De esta vez se adelantó a don Juan y lo esperó en un bajito plano cerca del puente. ¡Qué interesante habría sido haberlo oído hablar con el diablo!

Don Juan desembocó al planito y de un salto Pedro se le acercó y deteniendo el caballo asió al viejo, que casi cae muerto del susto, de la camisa y se lo trajo al suelo. Lo puso derecho y le dijo así nomás:

—Mire, viejo sinvergüenza, lo he apiado del caballo para decirle una cosa. Usted me ha mandado a amenazar con una demanda. Bueno, ponga la demanda ya porque se la voy a contestar con veinte centavos; con dos tiros de a diez cada uno que le voy a meter en la panza. Y lo soltó. El otro se quedó como aturdido. Seguro se preguntaba cuando iba a caballo temblando de pavor:

—¿Iré vivo yo?

Esto fué como lunes. El miércoles llegó Pedro donde el notario. Ya estaba allí el socio de don Juan. Saludó Pedro con cierta prevención recelosa. Se sentó y se quedó esperando.

—¿Por cuánto hago la escritura?—preguntó el notario.

El socio de don Juan se quedó, a su vez, esperando...

Pedro dijo:

—Hágala por lo mismo que la compré...

Cuando quedó solo con el notario le contó el incidente. Le habían mandado a decir que pidiera precio, con el mandador.

—Esa es otra cosa—le dijo al notario. —Se las di por lo que me costó porque por plata no me avasallan ellos. Y les vendí porque si me ponen la demanda, mato a ese viejo de los demonios. No me voy a enjaranar por una tontera.

Tenía en la mano el cheque:

—Tome don Mario; cambíemelo cuando vaya a San José en el banco.

—Me lo voy a coger—le dijo el notario.

—Si le sirve de algo, cójalo—contestó con ingenua franqueza.

La ladera era bonita, pero lo cierto es que él tenía muchas fincas y la codicia es pecado.

La literatura de Cajal

Por M. FERNÁNDEZ ALMAGRO

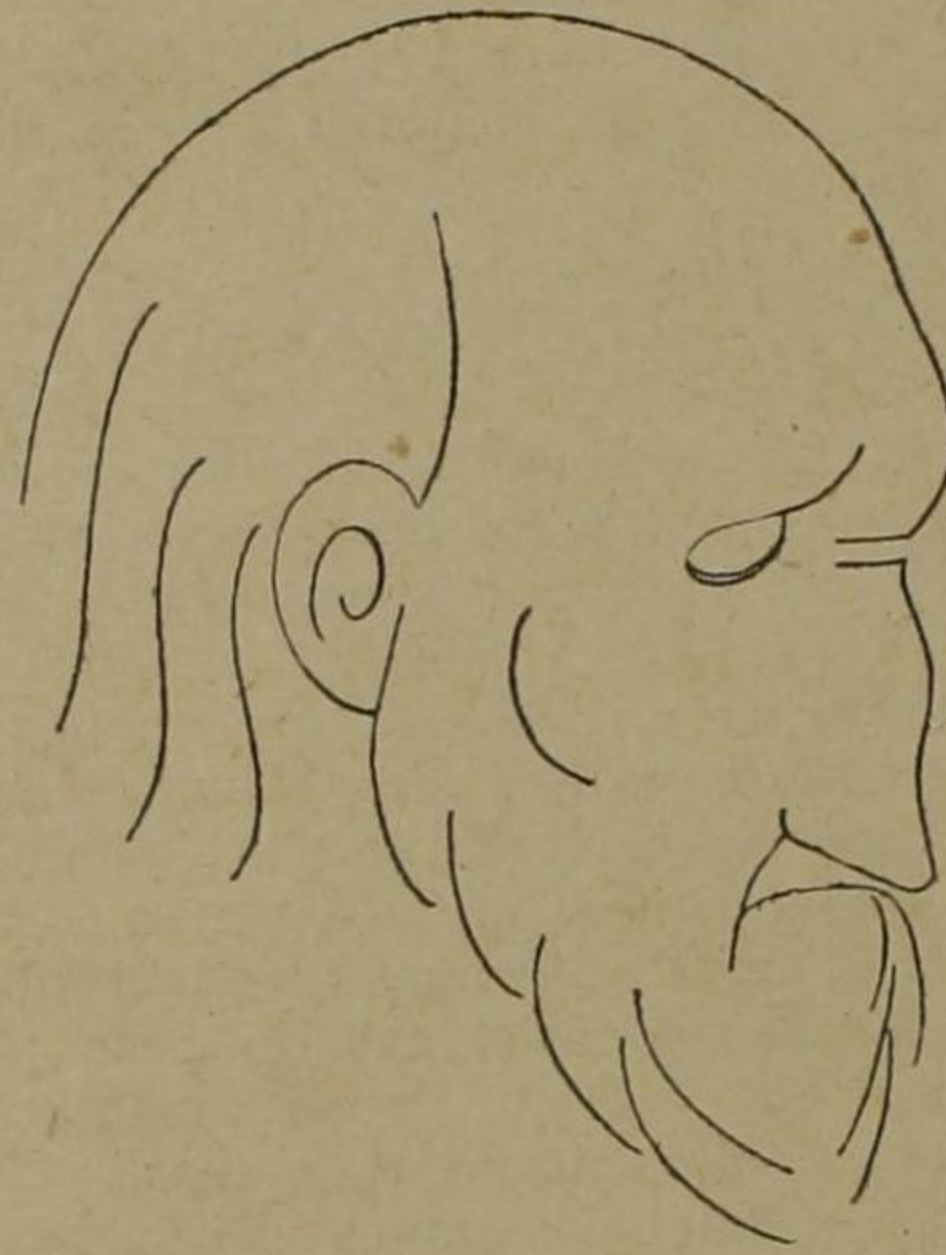
— De *El Sol*.—Madrid.—

Como los literatos no son los únicos cultivadores de la literatura, es curioso e instructivo el buscar en los científicos manifestaciones del arte de escribir. Aunque la difusión del ensayo—en vuelo imperial que le hace planear sobre la poesía incluso, como sobre la más rigurosa investigación científica—es fenómeno en cierta manera moderno, la tradición de los filósofos, de los naturalistas, de los jurisconsultos, vistiéndolo su pensamiento con bellas formas de lenguaje, es tan vieja por lo menos en el área de nuestra civilización, como el mundo clásico. Y así, en todas las historias literarias y en todas las antologías corresponde una zona más o menos extensa a la literatura didáctica, de vida propia y sustantiva.

En nuestra España de los teólogos y los humanistas—no digamos de los historiadores y cronistas de Indias, muy próximos, por fuero propio, a la literatura más genuina—, el hombre que especula sobre temas no estrictamente literarios se ha confundido muchas veces con el escritor de pura raza, no porque escape de cuando en cuando al verso, por ejemplo, o a la novela, sino porque acierta a asistirse para realizar literariamente su obra científica de un bello estilo, inspirado por esa décima—o undécima—Musa que es la adecuación. Con esta Musa ha contado en todo momento, sin duda, D. Santiago Ramón y Cajal, contribuyendo en no pequeña parte a la difusión de su nombre y de su obra.

El pueblo español no tenía por qué aquilatar, después de todo, los valores exactos de la aportación hecha a la Histología por el maestro de fama universal. Para creerlo sabio y rendirle un tributo de admiración fervorosa bastaba con testimonios externos y significativos; no ya la extensión incomparable de su renombre, ni la prueba plena de sus discípulos en renovadas y entusiásticas promociones; tampoco — con ser dato elocuente — el tono mismo de la existencia llevada por Cajal al hilo de lo cotidiano: existencia tocada por esa intrasferible gracia de la humildad y de la sencillez que Dios reserva — merced y paradoja — al espíritu fuerte y complicado. El ajeno a los trabajos científicos del gran explorador de la vida podía juzgar la talla de su espíritu mediante la limpieza, la plasticidad, la energía, la exactitud, de la prosa en que Cajal gustaba de expresar aquella parte de sus ideas que no habían de confinarse en el laboratorio.

Indudablemente, en D. Santiago Ramón y Cajal alentaba un gran escritor, un hombre de letras, un ensayista magistral. Figura entre sus obras una, brindada a un público amplio de estudios, que abunda en páginas de interés altamente literario. Aludimos a las "Reglas y consejos para la investigación biológica". El subtítulo—"Los tónicos de la voluntad"—ya descubre que se trata de una obra concebida bajo el propósito de formar el carácter, afirmando a la vez el ideal y la realidad, la salud de la inteligencia y el vigor del organismo: el goce total y eficaz de la vida, en cuanto la vida es a un mismo tiempo hecho y deber. Tan rico es el contenido de este libro como comunicativa su lección de fe en el esfuerzo. Las "Reglas y consejos" de Cajal buscan, ante todo y des-



Ramón y Cajal

Por Bagaría

de luego, al investigador científico al clínico, al especialista. Pero aprovechan, evidentemente, al hombre, a todo hombre. Porque la enseñanza del rigor, la honradez y la lealtad en las pesquisas intelectuales, por trascender a la conducta personal, son útiles para todos. Breviario de novicios en la ciencia y en la vida, las "Reglas y consejos" de Cajal tienden a evitar la desorientación que no pueden por menos de padecer los que no encuentran a su debido tiempo la voz del maestro, en doble función de cultura y de estímulo. "Por no haberlos recibido—escribe, aludiendo a los consejos—de ninguno de mis deudos o profesores, cuando concebí el temerario empeño de consagrarme a la religión del laboratorio, perdí en tentativas inútiles lo mejor de mi tiempo y desesperé más de una vez de mis aptitudes para la investigación científica." Y termina cantando con su ejemplo las victorias de la voluntad: "Todo hombre puede ser, si se lo propone, escultor de su propio cerebro."

Si las "Reglas y consejos para la inves-

HA APARECIDO ¿A DONDE VA LA MUJER?

por AMANDA LABARCA H.

Válor del ejemplar: 75 céntimos oro americano

Solicitarlo a EMPRESA LETRAS,
Casilla número 3327. SANTIAGO DE CHILE

Pedidos de más de diez ejemplares recibirán
un descuento de veinte por ciento

CON la AGENCIA PAN AMÉRICA, en pleno centro de Buenos Aires, (Bolívar, 375), a 200 metros de la Universidad Nacional y del Colegio Nacional Central, y a un paso de las grandes librerías, Ud. puede conseguir semanalmente las nuevas ediciones del *Repertorio Americano*.

Imprenta "LA TRIBUNA"

tigación biológica" es la obra que sirve de introducción desde un punto de vista general, al monumento científico levantado por Cajal, son los "Recuerdos de mi vida"—sobre todo el primero de sus dos volúmenes—el libro del sabio más genuinamente literario, dotado de un interés singular, muy afín al de cualquiera buena novela. Ya su estilo, firme de trazo, justo de color, rico de movimiento, adusto sin sequedad, sentencioso sin énfasis, denuncia en Cajal al literato en sazón. Forma literaria de evidente atractivo, ciñe pensamientos y evocaciones, o anima semblanzas, o alia anécdotas, o da relieve a paisajes y escenas de época. La tierra aragonesa constituye el telón de fondo donde Cajal proyecta las sombras de su infancia en Larrés, en Luna, en Valpalmas, en Ayerbe, en Sada... El niño Santiago, solicitado por aficiones artísticas que nunca desoyó, va poco a poco entregando su alma al encanto de la Naturaleza, poblada de seductores misterios. Gusta de los crepúsculos y de los pájaros, de los paseos largos, de la paz, entre consoladora y angustiosa, de los cementerios. Cursa sus estudios a través de dificultades varias. A pesar de servir alguna vez como ejemplo "de torpeza y de pigracia", el triunfo no tarda en sonreírle. Médico militar. Guerra del Norte. Campaña de Cuba. Quebrantos de salud. Catedrático por oposición. La suerte está, al fin, echada... Sus ojos se aplicarán ya siempre al microscopio afanosamente, cifrando todas las ambiciones en el mundo quebradizo del ser físico. Parece temblar de emoción la pluma de Cajal, como si evocase las ternuras y delicias de un primer amor, al recordar el instante de su iniciación contemplando el sorprendente, maravilloso espectáculo de la circulación de la sangre. "Una vez me pasé —nos cuenta—sobre el microscopio veinte horas seguidas, avizorando los gestos de un leucocito moroso, en su laborioso forcejeo para evadirse de un capilar sanguíneo"... La poesía evidente de la ciencia encontró en Cajal un gran lírico.

Género literario que también cultivó Cajal es el muy delicado y difícil de la máxima, aforismo, pensamiento, o como el lector prefiera. Cuando Juan Jacobo Rousseau calificó de triste—"ce triste livre"—las "Máximas" de La Rochefoucauld, caracterizó este linaje literario, tan señorial y encumbrado como lleno de melancolía.

Triste es el poso que deja en nuestro espíritu ese conocimiento de la sociedad y de la vida que los moralistas—espectadores desinteresados del mundo—nos transmiten. La tristeza ante el ir y venir de las pasiones campea también en las sentencias de Cajal recogidas en "Charlas de café" y en un tomito titulado "Pensamientos escogidos". Son algo así como el escape de un alma cargada de nobles preocupaciones: el gesto de natural e inevitable hastío, la confidencia del sabio que un instante, sólo un instante, pierde la fe en su sabiduría. ¿Para qué? Todo pasa, se va, nos arrastra... Pero por encima de todas las decepciones se alza la voz de nuestra misión. Esa misión que, por lo que hace a los objetivos tasados de esta vida, ha cumplido Cajal con firme ejemplaridad.